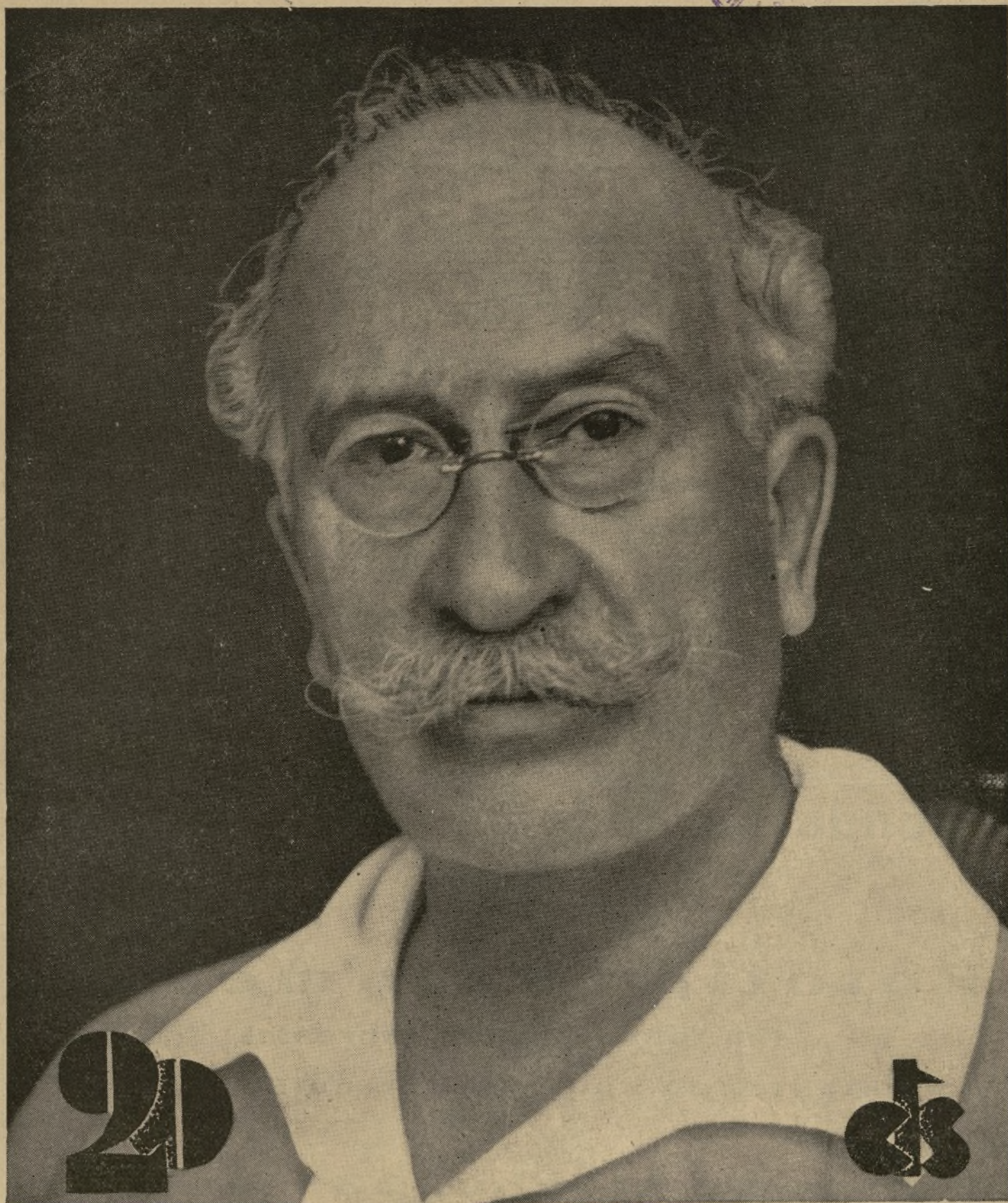




AVANCE

PERIODICO INDEPENDIENTE AL SERVICIO DEL ENGRANDECIMIENTO DE ESPAÑA



Ofrecemos hoy en el frontispicio de AVANCE la figura ingente del gran repúblico, del insigne constructor de muchedumbres, Alejandro Lerroux y García, en cuyo españolismo, recientemente reiterado, y en cuya clara visión política, constantemente contrastada, fia mucho España para su encauzamiento y redención.

(Fot. Portillo.)

Ayuntamiento de Madrid

Cournié

Restaurant de primer orden

MAYOR, 15

Especialidad en

BODAS

BAUTIZOS

BANQUETES

Dentro y fuera de la población

Cubiertos, de 7 y 9 pesetas

VIENA-SANTIAGO

Gran fábrica de pan de lujo
Candeal - Viena - Francés

ELABORACION DIARIA

10 Sucursales propias, 10
Santiago, núm. 3.-Teléf. 10520

MADRID

¿Dónde encontrar un buen impresor?

PALOMEQUE

Ronda de Atocha, 23 - Madrid

Fototipo Palomeque

(La fotografía en imprenta)

Patente 120.200 (Único en España)

Ronda de Atocha, 23 - Madrid



AVANCE



Redacción y Administración:

Plaza de Canalejas, 6
Teléfono núm. 95381

Director-Propietario:

Cristóbal Ruiz Gil

Precios de suscripción:

Madrid, trimestre..... Ptas. 4,50
Provincias, año..... — 12,00
Número suelto: 20 cts.

ASUNTOS VITALES

El problema agrario ante la economía española

Al enfrentarnos con nuestro problema agrario, nos sale al paso una cuestión previa: ¿Cuál es la realidad del tema que demanda la atención solícita de todos? ¿Es la de la distribución equitativa de la tierra? ¿Es la de superproducción? ¿Es la de falta de cultivo por incapacidad, holgazanería o viciosa rutina?

La parcelación de la propiedad rústica va en contra de la intensidad de los cultivos; una gran explotación agrícola siempre hará producir más a la tierra y en condiciones de coste más ventajosas. La superproducción no existe en España. Aquí, el desequilibrio es entre la demanda y la oferta; al revés de lo que ocurre en casi todos los países. Para establecer el equilibrio, España tiene que importar productos agrícolas.

Sentada la verdad de que, en general, el suelo español es fértil y susceptible de todos los cultivos, se llega a la conclusión de que nuestro problema es de ordenamiento técnico de los cultivos, a base de la capacidad de la tierra y de las necesidades del consumo.

Teniendo en cuenta esta realidad, hemos de declarar que la Comisión parlamentaria que ha entendido en el proyecto de Reforma agraria ha sufrido un error inicial al enfocar el problema. Cambia la tierra de unas manos a otras manos, pero no modifica el sistema de explotación, que es lo que importa a los españoles.

El señor Sánchez Román, maestro en muchas disciplinas científicas, al acercarse a la realidad de las cosas, se ha mostrado destituido de eustoquia, esa virtud por la cual se conjetura prudentemente de las cosas. El caso del señor Sánchez Román de nuevo ha demostrado que los empíricos, los poseedores de la experiencia y la práctica, en los negocios públicos son superiores en eficacia a los que todo lo aprendieron en los libros y nada en el batallar de la vida. La mayoría de la Comisión parlamentaria aludida, sugestionada por la autoridad del señor Sánchez Román, ha seguido las huellas de éste, y por esta circunstancia el proyecto de

Reforma agraria, en vez de ser una obra eutaxia, resulta deslavazada.

La Comisión parlamentaria ha obrado con un desconocimiento absoluto, no ya tan sólo de lo que representa y significa en el orden social nuestra riqueza agraria, y de lo que se perturbarán sus bases con la descomposición de la propiedad de la misma, sino, y esto constituye el error más craso en que ha incurrido, de la necesidad que tenemos de ir flechados a lograr el máximo rendimiento de nuestra riqueza agraria.

La agricultura es el manantial básico de las subsistencias del hombre y de la riqueza más sólida. Perturbarla es condenar el pueblo a la miseria.

Este grave problema, en vez de pretender resolverlo de arriba abajo, en gran síntesis, requiere ser resuelto de abajo arriba, específicamente, moldeado sobre la realidad del suelo español.

Para acometer esta vasta empresa con garantías de éxito, era necesario comenzar por establecer en todos los municipios españoles una Comisión, integrada por técnicos y prácticos en la materia, con el encargo de clasificar las tierras del término municipal y de determinar todos los cultivos para que son aptas.

Pero aquí no termina la misión de estos comisionados. Con ser de suma trascendencia la labor esbozada, aún se puede agregar otra tarea de gran responsabilidad y eficacia, y que en el orden económicosocial es complemento de la otra. La supradicha Comisión debe quedar facultada para señalar los jornales de los obreros del campo del término municipal respectivo, con sujeción a las condiciones económicas en que se desenvuelva la riqueza agraria.

Los estudios razonadamente concretos de estas comisiones deben servir de documental punto de partida para un resumen superior de carácter comarcal. Nos apartamos del término provincial porque es una creación burocrática, y nos acogemos al apuntado porque expresa con mayor exactitud las condiciones del suelo.

El resumen estadístico comarcal servirá de base a un informe de unidad regional, dentro de la efectiva variedad que encierre, y todos éstos de indispensable primera materia para el estudio del problema por parte de los legisladores.

Al poseer estos reales elementos de juicio del panorama que ofrece el suelo español, se llegará fácilmente a la conclusión de que es más factible intensificar el cultivo, mediante la aplicación de los científicos procedimientos modernos, en las grandes extensiones de terreno, que en las pequeñas parcelas, y mucho más si tenemos en cuenta las posibilidades del terrateniente en las iniciaciones de los gastos.

Por ello, y con vista al mayor auge de la producción, necesariamente debe resolverse el problema mediante el establecimiento de una ley que obligue a los terratenientes españoles a poner en cultivos adecuados todas las tierras que posean que se consideren laborables, con la penalidad para el que no lo realice en término prudencial, de que el Estado se incaute de las fincas, para cederlas a otros ciudadanos con aptitud para llenar aquel cometido que dejó de cumplir el anterior poseedor.

Aunque esta medida coercitiva parezca que cercena el derecho de la propiedad, entendemos, por lo contrario, que lo robustece, ya que cumple el fin de que la tierra rinda máximo provecho.

Por lo expuesto, claramente se deduce la incapacidad de las Cortes constituyentes para resolver problema tan vital; y si es que ha llegado el momento de que se depongan egoísmos, vanidades e intereses bastardos, para fijar la mirada en el progreso efectivo de España, es deber ineludible del Poder público apartar el proyecto de Reforma agraria del conocimiento y resolución de las Cortes constituyentes, para que lo ordenen y estructuren unas Cortes ordinarias, en las que tengan representación figuras especializadas en la materia y con la serenidad pertinente.

CRISTÓBAL RUIZ GIL

ESPAÑA FRENTE AL PROBLEMA CATALAN

LA «ESQUERRA» EN DECADENCIA

En nuestro número anterior señalábamos el hecho del divorcio absoluto y fundamental que se ha producido entre la opinión catalana y los elementos que han asumido la representación del pueblo en la política local y la nacional. Nuevos fenómenos públicos registrados en Barcelona han venido a aseverar nuestro aserto.

Don Francisco Maciá y los suyos, pese a las canas del primero y a la aureola de venerable con que le han ungido, han sido acogidos con protestas ruidosas y silbidos en el mitin efectuado por la izquierda catalana en el cine Cataluña, de la barriada del Pueblo Nuevo de la ciudad condal.

¡No podía ser de otra manera!

No se crea que ésta es una barriada aristocrática, como otras de Barcelona, y que de ahí la acogida hostil que tuvo don Francisco Maciá y los comparsas que le acompañaban. El Pueblo Nuevo es un suburbio eminentemente obrero, con pequeñas notas de clase media. Así es que la protesta, ruidosa y descarada, ha surgido del corazón de la clase obrera, de la misma clase que llevó a la victoria al señor Maciá.

Lo más significativo y elocuente de esta protesta contra la política y obra total de la izquierda catalana, es que sus autores la han perseguido hasta alcanzarla con tenacidad y brío irreducible. Hace días consiguieron, con su actitud levantisca, que el mitin se suspendiera. Pero sus organizadores no se dieron por vencidos, y nuevamente realizaron el acto, anunciando la asistencia de don Francisco Maciá, en la

creencia de que el prestigio de éste haría enmudecer a los protestantes.

¡Se equivocaron de medio a medio! La presencia del señor Maciá determinó que la protesta fuese más aguda, y las voces ensordecedoras de «traidores» y los gritos de «nos habéis vendido» se mezclaron con los estridentes silbidos en términos tan ruidosos, que no queda el más leve resquicio por el que se pueda filtrar la duda de que lo ocurrido dejase de ir por entero contra la izquierda catalana y sus hombres.

Del hecho registrado se desprende, con claridad meridiana, que el señor Maciá no tiene ya autoridad moral alguna sobre las masas obreras catalanas. Los amigos que ayer le dieron la victoria, son los enemigos de hoy, y esta mutación en el sentir de un pueblo no se debe atribuir a la condición versátil de las masas, sino a la obra funesta que ha realizado la izquierda catalana desde el Poder en la Generalidad de Cataluña.

El señor Maciá ya no cuenta con el fervor de la clase obrera catalana. ¿Cuenta, acaso, con la confianza del elemento patronal? Todo lo contrario. Los industriales catalanes están aterrados ante la labor realizada y que proyecta efectuar el señor Maciá con referencia al problema social. Presienten el hundimiento industrial de Cataluña, con su secuela de hambre y trastornos públicos.

Con lo expuesto queda probado que el señor Maciá, en tesis general, no cuenta con el apoyo de ningún sector social de Cataluña. Admitida esta prueba, nos parece una locura, un acto de vesania, entregar a este hombre el gobierno total de Cataluña mediante el Estatuto que se proyecta.

tancia de pertenecer a una clase social y afectar su conservación y defensa al resto de la sociedad, ya que, hollados estos intereses, el hecho repercutiría en la economía del resto de los españoles. Es decir, que nosotros estimulamos a unas clases sociales para que defiendan sus intereses, por conceptuar que éstos son conexivos, que sirven de enlace, de aglutinante, de unión con los demás intereses del resto de la colectividad social.

AVANCE, en esta lucha, pues toda actividad social o política entraña lucha, quiere un puesto de vanguardia, y noblemente, con desinterés, la vista fija en la prosperidad de España, alentará la obra de las clases productoras, si éstas contribuyen a salvar España defendiendo sus intereses como colectividad.

Las clases productoras en general, como minorías selectas, por su superior preparación, están llamadas a ser elemento director, y por esta razón pesa sobre ellas el deber de consentir que se concreten concesiones en favor de los obreros en la medida justa que es de desear y desarrolladas mediante leyes adecuadas, sin apresuramiento; pero tampoco con parsimonia, sino con la prudencia que aconsejan las circunstancias.

Esto en aquello que signifique la justa retribución del trabajo cotidiano, lo mismo de la industria que de la agricultura, y en lo que concierne al interesantísimo problema de las garantías de los obreros para los casos de incapacidad, vejez y patrimonio familiar, que imprescindiblemente deben establecerse, ello corresponde a una legislación especial que incumbe promulgar a los Poderes públicos, la cual, al propio tiempo que consolide estas garantías, extinga, por el propio peso de su sabia justicia, las luchas cruentas entre el capital y el trabajo.

Los comerciantes, industriales y demás clases productoras deben incorporarse a todas las actividades de la vida pública y llevar a ellas un espíritu moderno, flexible, idóneo, práctico, que permita encauzar paulatinamente, sin trastornos contraproducentes, sin sacudidas esporádicas, las relaciones de convivencia productora entre patrones y obreros por aquellos derroteros que con imperio señalan las modernas relaciones entre el capital y el trabajo.

Por España, AVANCE se halla, con fervor, dispuesto a apoyar, en la medida de sus fuerzas, que serán grandes por el empeño y denuedo con que defiende sus postulados, a las clases aludidas. En cuanto éstas emprendan la ruta que les marca su deber como españoles, AVANCE no regateará ni condicionará su apoyo, en la convicción de que así presta un gran servicio a España.

C. R. G.

Las clases productoras y las iniciativas de AVANCE

Durante la semana última hemos recibido en AVANCE respetable cantidad de cartas y despachos, así de particulares como de entidades, en las que, en general, se nos felicita y alienta por la orientación que hemos señalado acerca de la postura a adoptar por nuestras clases productoras y mercantiles. A todos agradecemos, rendidamente, la felicitación, en los términos en que siempre se estima el aplauso, y a los que, en particular, además de la enhorabuena, nos transmiten sugerencias pertinentes e ideas plausibles sobre el tema que nos ocupa, vamos a dedicar unas líneas, recogiendo y comentando unas y otras.

Varios de los que a nosotros se dirigen, coinciden en un punto concreto: nos señalan la conveniencia pública de que AVANCE se constituya en vocero de esa importante clase social. Para AVANCE es un honor levantar tal bandera, como en todo tiempo lo será defender los intereses legítimos de todas

las clases sociales españolas. AVANCE no está ligado ni a unos ni a otros, y menos premeditadamente en contra de nadie.

El punto de partida de AVANCE es la defensa de los supremos intereses de España, y al hablar de España, nos referimos a los intereses de todos, desde los más altos a los más bajos. Al sentar esta afirmación, tenemos muy en cuenta que la legitimidad de todos los intereses tiene un límite que no se puede franquear sin lesión grave y manifiesta de otros.

Fieles a este fundamental principio que informa nuestra conducta, hicimos el llamamiento a los industriales, comerciantes y demás clases productoras. Nosotros entendemos que estas clases sociales tienen que intervenir activamente en la cosa pública, para defender sus intereses en lo que representan de naturales y legítimos; intereses que para nosotros poseen la doble impor-

LA LEY DE FUGAS EN BARCELONA - LOS VERDADEROS CULPABLES

11

El general Martínez Anido se instala en el Gobierno Civil de Barcelona. La opinión espera, escéptica, los primeros pasos de la nueva autoridad para saber a qué atenerse respecto a su orientación en lo político y en lo social. Públicamente no se tenía idea de los designios que abrigaba este hombre, ni de su etopeya. La presencia del general Arlegui en la Jefatura Superior de Policía pareció a todos una mutación más de las constantes que se registran en estas dependencias oficiales.

En cambio, los cuatro personajes de la Junta secreta y sus tres colaboradores se hallaban febrilmente alborozados por su llegada a la tierra de promisión. ¡Por fin había sonado la hora de poner en práctica su vasto plan para librar a Barcelona de la plaga del terrorismo! Los acuerdos adoptados fueron objeto de minuciosa revisión; los contactos establecidos con elementos complementarios se reafirmaron; nuevamente se buscó la certidumbre de que todos ocuparían su puesto con decisión y discretamente; y hecho todo lo expuesto, pasaron a determinar las circunstancias en que se ejecutaría el primer acto de contraterrorismo.

* * *

El general Martínez Anido, antes de ocupar el Gobierno Civil de Barcelona, ya tenía noticia circunstanciada de los planes de la Junta secreta y de los medios con que contaba para realizarlos. Aunque el citado general conocía personalmente a los cuatro miembros que la formaban, uno de ellos fué comisionado para que constantemente estuviese en contacto con el general, como así se hizo, tanto en el tiempo de la preparación, como luego en el período en que se ejecutó lo proyectado.

A este propósito, vamos a referir una anécdota que demuestra la forma con que se interpreta el visiteo constante de los personajes en los Centros oficiales.

En la secretaría particular del Gobierno Civil de Barcelona prestaba sus servicios, desde muy antiguo, un oficial: persona discreta, leal a todos, inteligente y de una capacidad de trabajo extraordinaria. Estas prendas personales le han granjeado siempre la estimación de cuantos han ocupado puestos en dicho Gobierno Civil.

Bien. Esta persona, durante nuestra permanencia en el Gobierno Civil de Barcelona, nos decía, en cuanto salía a relucir el nombre del miembro de la Junta secreta que mantenía el contacto con Martínez Anido en el tiempo a que nos referimos:

—¡Qué hombre más pesado! ¡Yo no sé cómo le toleraba el general! ¡Todos los días venía a la una y media de la tarde, se encerraba con don Severiano y nos hacía ir a almorzar a las tres de la tarde!

Nunca explicamos al admirable funcionario y el por qué y la razón de aquellas visitas. La prudencia es base indispensable para convivir en los Centros oficiales. En aquellas entrevistas, lisa y llanamente se informaba al general de las determinaciones de la Junta, para que aquél en lo que fuese menester, advirtiese al general Arlegui.

De la existencia de la Junta tenían noticia el jefe del Estado y don Eduardo Dato, y ambos, explícita o tácitamente, debieron aprobar sus planes, por cuanto consintieron en nombrar gobernador civil de Barcelona al general Martínez Anido, que fué el hombre que se prestó a ampararlos desde el puesto citado.

* * *

Bueno. El hombre que aportó a la Junta secreta la idea cumbre que aquella adoptó como base para el eficaz desarrollo de sus planes, fué comisionado para entenderse con tercera persona, en lo referente a la recluta, retribución y manejo de la mesnada mercenaria de pistoleros.

De esta mesnada formaron parte, más o menos tiempo, unos cuantos, muy pocos, que tenían la buena fe, brutal y sangrienta, de creer que contribuían a resolver un problema social con los asesinatos; y los restantes eran gente del hampa, de todas las regiones españolas, que asesinaban como si ello fuera equivalente a un oficio cualquiera.

Las dos personas aludidas, que quedaron al frente de este macabro negociado, crearon, a su vez, otra Junta secreta de acción; pero sinceramente juzgamos que esta nueva Junta no influyó en la marcha y determinación de los sucesos. Ignoraba la existencia de la otra Junta, y debió ser algo así como una Comisión asesora.

* * *

Independientemente de los asesinatos oficiales, se cometían otros, promovidos por odios y venganzas personales. Los excesos de celo también determinaron asesinatos, sin razón alguna que los hiciera necesarios. El mismo general Arlegui, cuando se permitía el lujo de tener iniciativas en esta materia, cometía torpeza tras torpeza y hacía poner el grito en el cielo a los de la Junta secreta, los cuales estima-

ban que el general Arlegui comprometía su obra con sus intemperancias.

* * *

Esta fué la organización del contraterrorismo en Barcelona, organización que se puede concretar en esta forma:

Un tribunal inapelable que dictaba las sentencias de muerte tras la acusación fiscal que formulaba el autor de la idea cumbre; un Poder ejecutivo que trasladaba las órdenes a los verdugos, y unas autoridades que, perfectamente informadas de todo, consentían y aprobaban la aplicación de la ley de Fugas.

* * *

Esto es, a grandes rasgos, lo ocurrido en Barcelona. Los hechos expuestos determinan con precisión y claridad sobre quiénes pesa la responsabilidad de lo acaecido. De ahí que dijéramos en nuestro anterior artículo que la Subcomisión de Responsabilidades que fué a Barcelona había errado el camino.

Entretenerse en precisar el nombre de los que asesinaron a fulano o a perengano es perder el tiempo lastimosamente. Esto, con ser importante, no deja de ser un aspecto episódico del magno asunto. Se nos dirá que por el hilo se puede sacar el ovillo. En este caso, no. Los pistoleros ignoraban la existencia de la organización secreta que regulaba su actuación sangrienta. Lo que sabían de esto era lo que se decía de público en Barcelona. Que si Anido..., que si Arlegui...; pero nada más.

En el mismo Sindicato Libre se ignoraba todo esto. Don Juan Lagúa Llitera, que, si no recordamos mal, fué secretario general de los Sindicatos Libres, al ser ahora encarcelado, por disposición de la Comisión de Responsabilidades, ha declarado que ignoraba cuanto se refiere a la organización del contraterrorismo.

Ha dicho la verdad. El señor Lagúa Llitera, en la declaración que prestó en la Cárcel Modelo, apeló a nuestro testimonio para probar la verdad de sus afirmaciones. Convencidos con firmeza de que no faltamos ni en un ápice a la verdad, aseguramos rotundamente que el señor Lagúa Llitera no conocía ninguno de los hechos por nosotros expuestos.

Terminamos dolidos, con la convicción de que ahora, como siempre, en España la Justicia no castigará a los culpables, no por falta de buena voluntad, sino por nuestra incapacidad para administrar justicia.

ALFREDO GERMÁN DE BELLVER

CALENDARIO POLITICO

La defensa de la República

«Palabras, palabras...»

Buena jornada oratoria la del pasado domingo. Ortega y Gasset, Indalecio Prieto, Rodolfo Llopis y el "camarada" Cordero. Llamamiento a las masas, explicaciones al partido, posturas propinicias para el venidero político. Muy bien y muy mal. Muy bien que se busque la asistencia de la opinión; muy mal que se trate de desvirtuar los hechos con argumentos deleznales.

El director general de Primera enseñanza, señor Llopis, disertó sobre la obra pedagógica llevada a cabo por la República, propugnando por la creación de escuelas buenas; escuelas con espíritu, que fundamentalmente liberten la conciencia del niño; en una palabra: escuelas sin dogmatismos. Excelente el propósito, si no se hallase contradicho en otro párrafo del discurso que comentamos. Porque afirma el señor Llopis: "No se concibe movimiento revolucionario alguno que no lleve en sus entrañas una verdadera revolución cultural y pedagógica. Mirad lo ocurrido en todos los pueblos del mundo, y veréis cómo, al final de la jornada, los revolucionarios se refugian en la pedagogía. Es que saben que, para consolidar una revolución, no hay otro camino que hacer conciencias revolucionarias. Y las conciencias se revolucionan en la escuela..."

De forma que la escuela debe librarse de los dogmatismos y transformarse en laboratorio de temperamentos revolucionarios. Pero la revolución, ¿no es también un dogma?

¿Tendenciosa política pedagógica que se resiste a la endeble envoltura de las palabras! ¿No sería mejor apellidar las cosas por su nombre y llamar a este objetivo "la socialización de la enseñanza"?

Política al detall

Menudencia política. Corrillos de pronósticos. Conferencias misteriosas. Ir y venir de zancadillas y fisgoneadores. ¿Qué pasará? ¿Qué no pasará? ¿Gabinete socialista con el señor Largo Caballero al frente? ¿Gobierno radical a las órdenes de Lerroux? ¿Solución Azaña y ministerio de concentración? Como se ve, hay soluciones para todos los gustos y para todas las ambiciones.

Debates en las Cortes sobre los últimos perfiles de la Constitución. Repaso de la asignación al Presidente de la República: en vez de un millón, quinientas mil pesetas. Prosigue el comadreo. Barriobero advierte que no votará al señor Alcalá Zamora, sin que se conmuevan las esferas. El Congreso se desanima, las tribunas aparecen desiertas. Prosiguen las menudencias, los cabildeos, las consultas. Todo a la luz del día, pero en gabinetes reservados y sin referencias a los periódicos.

En este día gris, lamentable, recordamos las proféticas palabras del autor de "España invertebrada": "El crimen mayor que hoy se puede cometer en España es empequeñecer el momento." ¡Empequeñecer el momento! Convertir las grandes cuestiones nacionales en querellas de partido, en juicios de faltas de barrio. ¡Reducir el momento a su más mínima expresión! Y sin querer, nosotros recordamos, por irresistible asociación de ideas, que la acusación de don Alfonso, es decir, el enjuiciamiento de la historia española, ¡corrió a cargo del señor Galarza y Gago!

El inefable ministro

Ya ha penetrado España en la avanzada del progreso político. Hasta ahora nuestra

patria había asombrado al mundo con hechos de una histórica resonancia. El individualismo español, inaccesible a la disciplina, hosco y aventurero, descubrió mundos y enriqueció la cultura mundial. Salvador de Madariaga, el ilustre profesor de castellano en la Universidad de Oxford, estudia en su obra "Ingleses, franceses y españoles" las características de la raza: la pasión, el genio y la falta de sentido metódico. Por fortuna, no hemos perdido ninguno de esos tres rasgos fisonómicos de nuestra personalidad intrínseca.

Sobre todo, el genio. El genio es algo admirable, porque resume muchas virtudes específicas del espíritu y de la inteligencia. El genio es alumbramiento, hallazgo, novedad, ocasión propicia, etc. Nuestro inefable ministro de Justicia, el señor De los Ríos, se ha echado la escopeta al brazo, resuelto a cazar el faisán de un decreto laizante, y ahí tenemos su reciente disposición sobre la secularización de los cementerios.

¿No es la idea original y oportuna? ¿No vivía España pendiente de este suceso trascendental, para que su vida se normalizase, penetrando por cauces jurídicos y de eficacia económica? ¡Secularización de los cementerios! ¡Ahí es nada! ¿Se comprende la resonancia internacional de la medida? Y dentro de España ¡no hablemos! ¿Se deberá a ella el alza de los valores observada en la Bolsa estas últimas jornadas?

¡Bien por el Erasmo de Ronda!

Por la juricidad

El señor Ossorio y Gallardo venía padeciendo una afonía, coincidente con el advenimiento de la República. Este hombre de derecho manifestaba frecuentemente su protesta contra los atropellos del régimen fenecido. Escritos, artículos y discursos del señor Ossorio y Gallardo respondían al "leitmotiv" de la juricidad. España había huído de los carriles del Derecho, y el ilustre decano del Colegio de Abogados de Madrid luchaba por encajar la máquina patria en sus propias vías legales. Formidable y laudatorio esfuerzo, pero...

Pero desde el advenimiento de la República, don Angel se envuelve y amortigua con el silencio. Los españoles se hacían estas preguntas: ¿Por qué el señor Ossorio y Gallardo ha dejado que vauge el concepto de la juricidad? ¿Es que no ocupa el Decanato del Colegio de Abogados? ¿Acaso obedece la actitud a la falta de motivos para redactar protestas contra los atropellos?

Más ya tenemos al hombre de toga clamando por la normalidad de la vida jurídica, en un escrito dirigido al Presidente del Consejo de Ministros. Larga y sustanciosa es la exposición, sobre todo aquel párrafo que dice: "Lo que no puede ocurrir es que ahora, como en tiempos de la Dictadura, el criterio gubernamental o el policiaco sustituyan los derechos más preciados de los hombres y mantengan por tiempo indefinido un régimen de excepción."

¿De verdad, señor Ossorio y Gallardo, que viene ocurriendo eso?

¿Es posible que España se halle supeitada a normas dependientes del mero arbitrio gubernamental o policiaco? ¿No podemos creerlo! ¡Sáquenos usted, señor Ossorio y Gallardo, de esta duda cruel que nos corroe!

¡Por la juricidad de la raza felina y la salud de su gato!

Existe una ley de Defensa de la República, cuya vigencia fué necesaria, a falta de una Constitución votada y sancionada por las Constituyentes, Carta que representa la normalidad jurídica de un país y conducto adecuado de todos los derechos y las garantías públicas. Parecía lógico que, una vez promulgada la Carta fundamental, aquella ley se derogase, pues salta a la vista la incompatibilidad manifiesta que existe entre una ley circunstancial, oportuna, de plazo perentorio, y otra, como es la Constitución, de carácter permanente, llamada a regir durante varios años a todos los españoles.

Parece que en las esferas ministeriales toma cuerpo el propósito de ampliar la vigencia de la expresada ley excepcional, a pesar de hallarse terminada y en funcionamiento legal la Constitución. Extraña esta determinación, que en muy poco favorece el poder de la Carta fundamental del Estado, pues nace con signos de debilidad congénita y mediatizada a los preceptos de un simple decreto circunstancial.

Hay en todo esto un antagonismo legal, que se trata de resolver injertando la ley de Defensa de la República en un artículo adicional de la Constitución. Pero no se trata aquí de una simple cuestión de forma, sino de fondo; de algo que repugna a la conciencia colectiva. O Constitución, o ley de Defensa de la República. O garantías, o suspensión de ellas "sine die". Esto es lo que procede. Lo demás será un torpe expediente leguleyo de las Cortes, que en este caso no tendrá el precedente de Checoslovaquia, espejo de tantas innovaciones jurídicas y constitucionales.

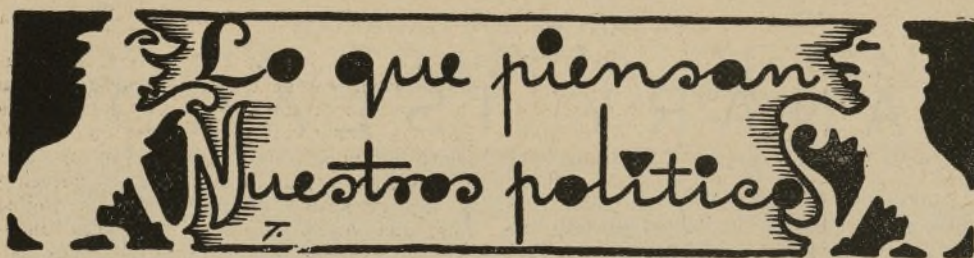
Los católicos españoles

El Estado debe ser perfectamente, rigurosamente laico. Nosotros estamos conformes con que las confesiones religiosas se aparten de la estructura legal de un país. Ahora bien; de la separación de la Iglesia y el Estado, a la persecución de determinada orden religiosa, media bastante distancia. Distancia que nosotros repugnamos, porque somos de aquellos que "no se dejan imponer por los mascarones de proa de un arcaico anticlericalismo".

Decimos esto a propósito de la Purísima Concepción, día de fiesta para los católicos. Esa fecha memorable y reciente brinda grandes enseñanzas a los católicos españoles. El sentimiento religioso era algo inerte, frío, mera costumbre, y el creyente necesita del sacrificio para aquilatar y tener viva la fe. La Iglesia fué grande por los mártires, y una Iglesia perseguida gana en número y calidad de adeptos. La situación presente de España brinda a los católicos el afirmarse en sus creencias, purificándolas de las intromisiones políticas, y les obliga a sufragar las necesidades del culto y el clero. Obligación grata para los católicos que sientan de corazón el fervor religioso. Prueba de esto se halla en las cuestiones verificadas en las iglesias el día de la Purísima. Voluntariamente, con expresiva generosidad, los fieles atendieron el llamamiento, y las cantidades recaudadas son de importancia, por la cuantía y su significación.

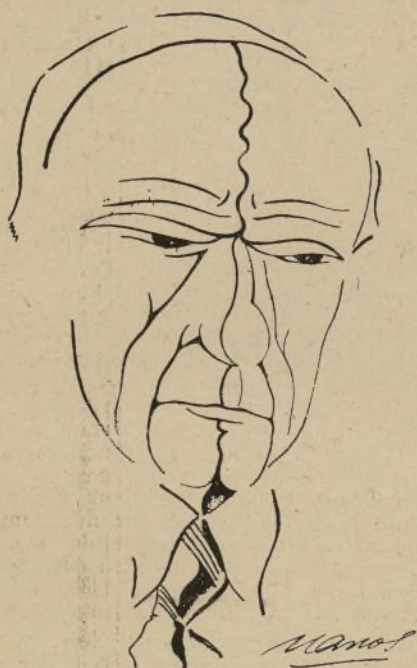
Revela este ejemplo que, en adelante, la Iglesia podrá cumplir, mejorándolos si cabe, sus fines esenciales, y que España, a pesar de las palabras del señor Azaña, "no ha dejado de ser católica".

¡Qué se le va hacer! El sentimiento religioso no se puede disolver con cuatro guardias de asalto, como un estrepitoso mitin comunista.



Ortega y Gasset, el filósofo de la alegría

En un ámbito de curiosidad nacional, don José Ortega y Gasset, el insigne pensador, explanó su anunciada conferencia política. Fué el suceso el pasado domingo, y aún resuena en nuestros oídos la palabra emocionada, sincera, civil del conferenciante. Todo el discurso, claro, macizo, prieto de ideas, es la ofrenda de un haz de esperanzas al renacimiento español. Ortega y Gasset solicita, en ademán urgente,



que se rectifique el perfil y el tono de la República, que impere la nación sobre el partido.

«La monarquía sucumbió porque se convirtió en un partido. Para consolidar la República, hay que defenderla del partidismo.» He aquí palabras de un autógrafo del ilustre catedrático, ofrecido galantemente a las páginas de AVANCE como un anticipo de su importante discurso político. Y consecuente con tal propósito, condena, con frase gráfica, el partidismo gubernamental, el hecho de «que cada ministro saliese por la mañana, la escopeta al brazo, resuelto a cazar al revuelo algún decreto vistoso como un faisán, con el cual contentar la apetencia de su grupo, de su partido o de su masa cliente». Así abomina el gran ensayista de la política angosta, limitada, circunscrita, política de rincón, de envidia pequeña y menudencia retórica; de los hombres que se «dedican a recitar sin parar las más decrepitas antifonas de la caduca beatería democrática». Conforme con tal generoso pensamiento, en otra parte de la disertación Ortega y Gasset dice: «El crimen mayor que hoy se puede cometer en España, es empuñarse el momento.»

El autor de *La rebelión de las masas* no puede olvidar la virtud serena de su oficio de filósofo, y pide a los republicanos que expulsen de la vida pública el falso apasionamiento, atropellado y pueblerino. ¡Qué profunda experiencia la de estas palabras! ¡Qué lamentables resultados los obtenidos por la pasión operante de los analfa-

betos, ensoberbecidos desde las alturas cegadoras del Poder, tan adventiciamente ido a sus manos!

Magnífico párrafo, henchido de amor a la verdad, aquel en que Ortega y Gasset reconoce el descontento español ante la República. El discursante no comprende «que habiendo sobrevenido la República con tanta plenitud y tan poca discordia, sin apenas heridas ni apenas dolores, hayan bastado siete meses para que empiece a cundir por el país desazón, descontento, desánimo; en suma, tristeza». Hermosas palabras que retratan una realidad; pero que sólo pueden pronunciarse labios de quien, por su categoría intelectual y prestigio de político honesto, está por cima de todas las intimidaciones de las leyes defensoras de la República. «¿Por qué nos han hecho una República triste y agria?», pregunta Ortega y Gasset. Y en el eco de su voz hay el trémulo de veinte millones de gargantas españolas.

El llamamiento a las clases capitalistas para que salgan a luchar bravamente a la intemperie, es de una oportunidad que merece destacarse. El capitalista debe incorporarse al nuevo régimen para servir a los intereses generales de la nación; pero no para que la nación se adapte y acomode a sus íntimas y particulares conveniencias. Pero Ortega y Gasset controla la cuantía del sacrificio con el alcance de las garantías que se ofrezcan al capital, y pide que se tranquilice a éste sobre «el sentido, límite y fertilidad» de su aportación de clase.

¿No concuerda este punto capital del sustancioso discurso con la campaña enérgica, sostenida, tenaz, que AVANCE viene sosteniendo? ¿Qué pedimos nosotros con tanta insistencia sino que los capitalistas, los elementos industriales y mercantiles se apresten a intervenir en la vida pública, rectificando el perfil y el tono de su insensata abstención? Permitásenos este legítimo orgullo de apuntar la coincidencia de un postulado esencial de nuestro programa con el claro y enérgico llamamiento del señor Ortega y Gasset a las clases capitalistas.

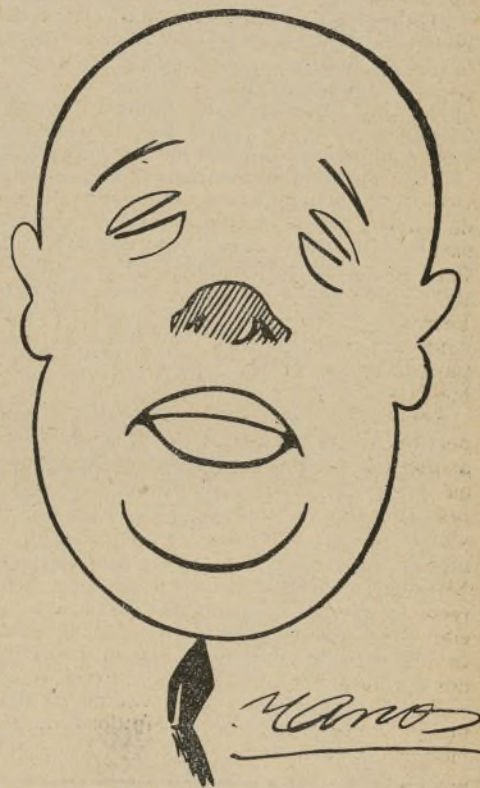
Formidable la pieza oratoria del domingo como crítica de la obra gubernamental; como aspiración a que la República cambie de rumbo, tornando en alegre su gesto espantadizo y huraño; como llamamiento a las clases capitalistas a que cooperen a la obra de «nacionalizar la República». Solamente observamos la falta de un programa de aspiraciones concretas, siquiera el esquema de aquellas conquistas democráticas para que el Estado y la nación marchen de acuerdo; un conjunto de supuestos tangibles y corpóreos, alejados un tanto de las puras abstracciones metafísicas, y sin los cuales, esto es, sin una previa creación programática, no puede pretenderse la organización de un partido, que ha de hacerse siempre a base de metas prefijadas.

Pero el llamamiento está hecho. Las clases capitalistas deben reflexionar serenamente. Si esta voz magistral ha clamado en el desierto, nos resignaremos a creer que aquellos sectores de la economía y de la vida nacional tienen obstruidos todos los caminos de la comprensión. ¡Es necesario que entre todos organicemos la alegría de la República española, alegría que significará la fiesta de nuestra tolerancia!

Indalecio Prieto, o la versatilidad dialéctica

El mismo día, a la misma hora que el señor Ortega y Gasset pronunciaba su espléndida oración civil, en otro teatro madrileño don Indalecio Prieto exponía, ante una asamblea propicia, puntos de vista personales con el tono mitinesco y demoleedor que le es propio. Convendría oponer ambos discursos, tan distintos de fondo y forma: el de Ortega y Gasset es ponderado, ecuaníme; el de Indalecio Prieto, insolente, agresivo. El primero sacrifica posiciones ideológicas, largos años sostenidas, ante el porvenir de la nación; el segundo habla como hombre de partido, anteponiendo el socialismo a toda expresión de totalidad hispánica. El ilustre escritor invoca la tolerancia y la convivencia civil; el ministro de Hacienda expande recelos y odios de clase a lo largo de la perorata.

Casi en los comienzos de su discurso, el señor Prieto habla de sucesos anteriores y preparatorios de la República: la frustrada sublevación de Jaca y la huelga general. Es extraño que el ministro de Hacienda, de tan ruda franqueza en las declaraciones ministeriales, abandone su tono sincero y claro al referirse al movimiento huelguístico. Así, dice: «... y luego, ganada la conciencia nacional simplemente por estos sencillos brotes revolucionarios que fueron la jornada de Jaca y la huelga general, aunque ella no llegara a alcanzar, por razones que no hemos de examinar ahora, la espléndida intensidad por nosotros soñada.» ¿Por qué el señor Prieto no examina y explica «las razones» de la famosa huelga general hurtada al empuje antidinástico por motivos de birlibirloque? La actuación del partido socialista, con anterioridad al advenimiento de la República, es en extremo confusa y ne-



bulosa. Aunque el señor Prieto tienda el consabido velo, y Araquistáin intente convencernos de que colaborando con la Dictadura el socialismo organizaba sus falanges por los pueblos, es lo cierto que la conciencia nacional enjuicia certeramente a este partido como un hábil usufructuario de las conquistas acarreadas por otros cuerpos de lucha.

Ni el movimiento de Jaca, ni los acuerdos entre republicanos y socialistas fueron capaces de traer el nuevo régimen. «La jornada electoral del 12 de abril, que determi-

CANARY ISLANDS

nó el derrumbamiento de la monarquía y la instauración de la República», no fué una consecuencia de aquellos dos hechos, como afirma el señor Prieto, sino un movimiento histórico esencial del pueblo español entero, un acto de su colectiva aspiración, como afirma Ortega y Gasset. Es muy interesante establecer el distingo, porque una vez sentado el hecho inconcuso del unánime movimiento nacional, no de un grupo, grande o pequeño, sino de la totalidad del pueblo español, excusado es decir que «esta conducta es el texto fundamental» de la política futura. Es decir, una política española. ¿Habremos de repetir, una vez más, que la República vino a poder de los republicanos súbitamente, inesperadamente, por una explosión de afanes patrios no enrolados, ni mucho menos, en las filas socialistas?

«Con la Constitución —dice en su discurso el señor Prieto—, los socialistas tenemos una excelente herramienta, un magnífico instrumento de trabajo. Eso es todo.» Pues si eso es todo, poco valdría haber conmovido los montes ibéricos para el parto de este ratoncillo socialista. Pero en este particular la dialéctica del líder socialista resbala insensiblemente. La Carta constitucional no puede ser ensayo de teorías socializantes: representa la transacción entre todos los sectores del país, una norma de convivencia política, social y económica que no puede brindarse en bandeja a las ventajosas apetecidas de un partido en descrédito.

En diversos pasajes de su disertación, el señor Prieto extiende su repleto muestrario de tópicos mitinescos. En un párrafo se refiere «al ambiente clerical domeñador, sedimento de la inquisición española, que ahogó las conciencias y ahora parece estrangular las voluntades»; en otro habla del «arrancamiento de la mujer a la influencia clerical, al fantasma terrorífico de los suplicios del infierno». ¿No es lamentable este desfile de las «más decrepitas antífonas de la caduca beatería democrática»?

En una afirmación del señor Prieto logramos estar conformes. Es cuando asegura «que la expresión de los ideales es hoy, en este régimen democrático, la papeleta electoral». Pues entonces, ¿por qué se trata de diferir, con el pretexto de veinticuatro leyes complementarias y dos códigos, una consulta al Cuerpo electoral? ¿Por temor a esas masas neutras que no están afiliadas en las organizaciones políticas? ¿Por miedo a la incógnita del voto femenino? ¿Acaso, para el señor Prieto, la democracia es otra herramienta de trabajo como la propia Constitución, que si sirve se utiliza, y si no, se abandona?

La brevedad del espacio impide extendernos en otras consideraciones al margen de este «fogoso» discurso de don Indalecio. El final de la perorata aclara la congoja mortal del lustroso líder, que se debate con la propia incertidumbre del partido. Afanes de poder, de gobierno, y un temor justificado de que se inicie la desbandada total de las huestes, harto desengañadas, hasta el extremo de que no haya un prosélito para sostener esa antorcha que el señor Prieto brinda como bonito fin de su discurso y con el ademán ampuloso de un Dantón de guardarrópia.

Al abrir nuestra Sección agrícola —tema que estimamos fundamental para el desarrollo de la riqueza pública, y que por esta razón trataremos en plano preferente—, invitamos a los técnicos y agricultores a que por mediación de **avance comuniquen al público sus ideas, juicios y experiencias.**

Queremos, en breves líneas, concretar unas estampas del isleñismo canario, del triste sometimiento económico del archipiélago español a la garra feroz de la tiranía extraña, del empobrecimiento de la agricultura nativa por el mercantilismo anglosajón, y de cómo están clavándose en el corazón del patriótico terruño unas hirientes espinas que, con nombres dorados y brillantes («Casa F», «Casa X»), son muestra del enfeudamiento de los grandes, poderosos «trust» ingleses en nuestro hogar.

«Bananas»

El plátano canario lo ha convertido en oro el mercado inglés. Esa es una verdad innegable. Pero no lo son menos estas dos verdades complementarias: con su oro, las «Casas F y X» han arrendado o comprado en las islas grandes fincas, y lo que protegen y defienden en el mercado inglés es su provecho exclusivo: su banana, traducida a su propia economía.

Y para los cosecheros que quedan fuera del radio extensísimo de absorción, se ha observado que Inglaterra tiene un procedimiento al margen de la utilización de las bananas, y para perjudicar al plátano canario, que consiste en favorecer la importación al Reino Unido, de los que se producen en Jamaica.

¿Que todo ello es lícito desde un punto de vista nacional-inglés? Naturalmente. ¿Si eso no es lo que merece nuestra crítica ni justifica la alarmante queja!

Lo que nos amarga y subleva es la falta de protección, de defensa si se quiere, para el agricultor canario. Lo que agravia nuestro patriotismo es la facilidad con que las «Casas F y X» han ido extendiendo su dominación y explotaciones. Un día se acaparan en arrendamiento estos terrenos; otro se compran esos otros, y el día menos pensado resultará que las famosas Casas, filiales de los grandes «trust» londinenses, han adquirido toda una isla...

¿Puede eso ser? ¿Debe suceder eso? Ese es nuestro punto de interrogación. Porque además, con diversos pretextos, las «Casas F y X» negocian y financian con toda libertad sus empresas, y en la competencia luchan con ventaja sobre los propios comerciantes naturales del país. En cuanto a su influencia mercantil y social, no hablemos. Parece que están especial y soberanamente protegidas. Y a eso debe atribuirse principalmente el predominio que en la exportación tiene la «Casa F o la X», no sólo de sus bananas cosechadas en sus tierras y en sus fincas en arriendo, sino de los plátanos canarios.

«Cicer»

El lector peninsular recordará del insular —no hace falta decirlo— los fastuosos anuncios de la «Compañía Insular-Colonial de Electricidad y Riegos», con sede central en Madrid, y amplios proyectos respecto a Gran Canaria en un primer plan de empresa y luego a Tenerife, sin perjuicio de continuar a Fernando Poo y Guinea...

Un extranjero era el inspirador, el negociante; un gran caballero, que resultó víctima de la explotación, el capitalista verdad, y un político conservador y ex ministro, el que prestó su nombre para, como pabellón, encubrir la mercancia. Los anuncios se lanzaron por toda la prensa de España; se forjaron Consejos de administración con nombres de verdadera solvencia; se aprovechó incluso un viaje del general Primo de Rivera a Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas para inaugurar una central eléctrica

en esta última ciudad y seguir protegiendo la «hinchazón» financiera, que constituía el verdadero y viejo negocio de una empresa cuya realidad distaba en mucho de corresponder a la mentirosa apariencia que, para inconfesables manejos de quienes maquinaban una verdadera estafa en grande escala del ahorro y la total ruina del primitivo capitalista fundador, convenía a sus fines que se fingiese tan a lo vivo, que incluso se le dió carácter casi oficial a la coincidencia del viaje del dictador a la «barraca» de la «Cicer»...

¡Poco nos importaría todo ello, si fuesen sólo intereses privados!

Pero es que en juego entra en ellos el prestigio de un nombre: Canarias. Y lo que en el fracaso de la «Cicer», amenazada en estos días de liquidación, después de haber sido la mayoría de sus acciones compradas por capitalistas extranjeros —siempre el fracaso de la nacionalización de nuestra riqueza isleña—, lo que en esa «débacle» se ventila, es la emancipación de nuestra economía y de nuestras finanzas.

* * *

Pues aun así hay que atacar el mal en su raíz y acudir a extirparlo ¿Cómo? Enterándose el Gobierno de que debe gobernar en Canarias y para Canarias. Dejemos aparte lo del enfeudamiento económico extranjero, que es materia delicada; pero, ante el caso escandaloso de la «Cicer», ¿no resulta irritante su «liquidación», con daño para tanto español de buena fe, siendo así que se incumplió siempre la garantía ofrecida en sus «Estatutos» sobre la fiscalización a delegados de varios Ministerios? ¿No es eso punible? ¿Qué dice el señor ministro de Fomento? ¿Y qué dice el Cabildo de Gran Canaria, que también tenía su delegado o derecho a un delegado?

Ahora se tratan al día cuestiones interesantísimas de grandes y públicas responsabilidades. No olvidemos éstas, al parecer pequeñas, porque urge depurar muchas conductas, y, entre todas, las de quienes han hecho bandera de nuestras hermosas islas atlánticas para sus finalidades de lucro.

ANDRÉS DE LAS CASAS

¡UN VIVO!

¡Gallofa radical, cómo prosperas, ya junto de la cruz o del diablo! No limpiarás de Augias el establo, pero sí las monárquicas paneras.

La República tuvo sementeras que gozaste también, y no lo hablo. Yo, serviles polémicas no entablo. ¡Sácale el fruto a todas las higueras!

Coge en las dictaduras tu bodigo; engaña al que conspira y que te abraza; chupón de entrambos, máscara de amigo.

¿Un dogma, otra conducta, la hidalguía? ¡Fabulaciones de quien tonto nace, soñando en la Edad media todavía!

FELIPE CORTINES Y MURUBE

Teléfono de AVANCE: 95381

PAGINA GRAFICA DE UN DIA HISTORICO



1. El Sr. Alcalá Zamora dirigiéndose al Congreso, acompañado del Sr. Barnés.—2. Fachada principal del Congreso. Momentos antes de llegar el Sr. Alcalá Zamora.—3. Tropas árabes cubriendo la carrera.—4. Grupo de señoritas, con los pilotos, momentos antes de subir para arrojar folletos de la Constitución sobre Madrid desde aviones civiles.—5. Autoridades marroquíes de nuestra Zona.—6. Una de las banderas de las fuerzas de Marruecos, al paso del Presidente.

(Fotos Cervera y Portillo.)

LA CONSTITUCION, MACIÁ Y FRANCO

Día de animación en los pasillos del Congreso. Caras conocidas. Grupos políticos en los que se comenta y se discute. Junto a una puerta de entrada al salón, por entre un grupo de correligionarios, se asoma la

de las gafas y la interrogación del lazo estafalario y absurdo. Indalecio Prieto sueña o parece soñar. Cómodamente arrellanado, diríase que busca, en uno de los cuadros que adornan el testero de la Presidencia, alguna



El presidente de la Generalitat escucha el continuo tintinar de los timbres llamando a votar. Parece que medita.
(Fot. Ventura.)

cabeza casi blanca de Lerroux. Un poco más allá, junto al guardarropa, don José Ortega y Gasset, con algunos de sus compañeros del Olimpo. Victoria Kent, con un gran carpetón debajo del brazo, tiene un aparte con Góngora. Margarita Nelken pasea junto a un diputado socialista. Jiménez de Asúa, atildado, fino, cruza precipitadamente por entre los grupos y se pierde tras la mampara de cristales del salón de sesiones. Un continuo abrir y cerrar puertas, un ir y venir incesante. Hace calor. Se fuma mucho. Se habla más. Se avecinan grandes actos parlamentarios, y parece que sus señorías pasean y discuten como queriendo hacer patente su significación y su personalidad de padres de la Patria.

En la tribuna de la Prensa, los periodistas se encargan de pisar cómodamente el terciopelo de los asientos. Fernández Flórez acusa su perfil casi corvo, encaramado en lo alto de un pupitre. Fuma escondiendo en la mano, casi plegada, el hilillo de humo azul delator. El ujier sonríe. En el hemisclio, nada interesante. Un secretario, de pie ante la mesa de la Presidencia, lee, de una manera incansable, el proyecto definitivo de la Constitución. Ciento y pico títulos. Besteiro, la mano en la mejilla, mira sin ver. Los escaños, casi vacíos. En el banco azul, una lucida mayoría ministerial. Lerroux, que acaba de ocupar su puesto casi a la cabecera, se pierde en un aparte con Fernando de los Ríos, el santo laico. Albornoz ensaya una vez más su postura de colegial castigado. Largo Caballero dormita. Nicoláu d'Oliver lee: es un libro chiquito de pastas rojas. Quizá el Estatuto catalán, impreso ya. Por sobre el corte granate de las pastas se asoma aún el relampagueo

solución al problema económico, tan complejo. Me da la impresión, a juzgar por las diferentes actitudes de los señores ministros, de que es don Indalecio el que en este momento más cómodo se halla sobre los

muelles suaves del banco azul. En la tribuna pública se amontona un nutrido grupo de ciudadanos de ambos sexos, verdaderos héroes parlamentarios, dignos de todo encomio. Ninguno de ellos se hallará seguramente tan a sus anchas como el señor Prieto. Sobre esto quisiera perderme en consideraciones; pero no me deja el sonsonete del secretario, que lee y lee el proyecto de la Constitución española, de esta Constitución nuevecita, sin estrenar, que hace entornar los párpados al señor presidente en uno como gesto de inevitable cansancio. «Título noventa y cinco! Esto es horrible. Faltan aún doce, quince, y los más largos, los últimos. No aguanto más. Yo sé que no debería irme. Yo sé que todos los días no le pueden a uno brindar el espectáculo altamente interesante de oír en su totalidad la Carta fundamental por la que uno puede sentirse orgulloso de ser todo un ciudadano español con ciertas libertades y con ciertos derechos; pero esto es muy largo, larguísimo. El secretario terminará afónico. Vuelvo a los pasillos. Esto es más divertido, se tolera más. Junto a una escalera de subida a los escaños me tropiezo con la simpática y bien repleta figura de nuestro corregidor. Junto a él, Salazar Alonso. Busco un grupo interesante, algo que sea digno de una placa fotográfica. Ventura me sigue a remolque, casi suda.

Hasta mí llegan palabras en catalán, diálogos enteros. Descubro la melenuda cabeza de Ventura Gassó, el perfil aguileño del señor Companys. He aquí que dí con la minoría catalana, y juraría que con su jefe a la cabeza. Efectivamente, ante mí surge la venerable figura del «Avi». Dudo si abordarle en castellano o buscarme algún intérprete de los que forman el nutrido grupo. Me decido por lo primero, sin embargo. Supongo que Maciá me entenderá.

—Perdón, señor Maciá. Mi periódico tiene verdadero interés en publicar una foto suya.

—¿Y cuál es su periódico? —me dice en un castellano bastante comprensible.

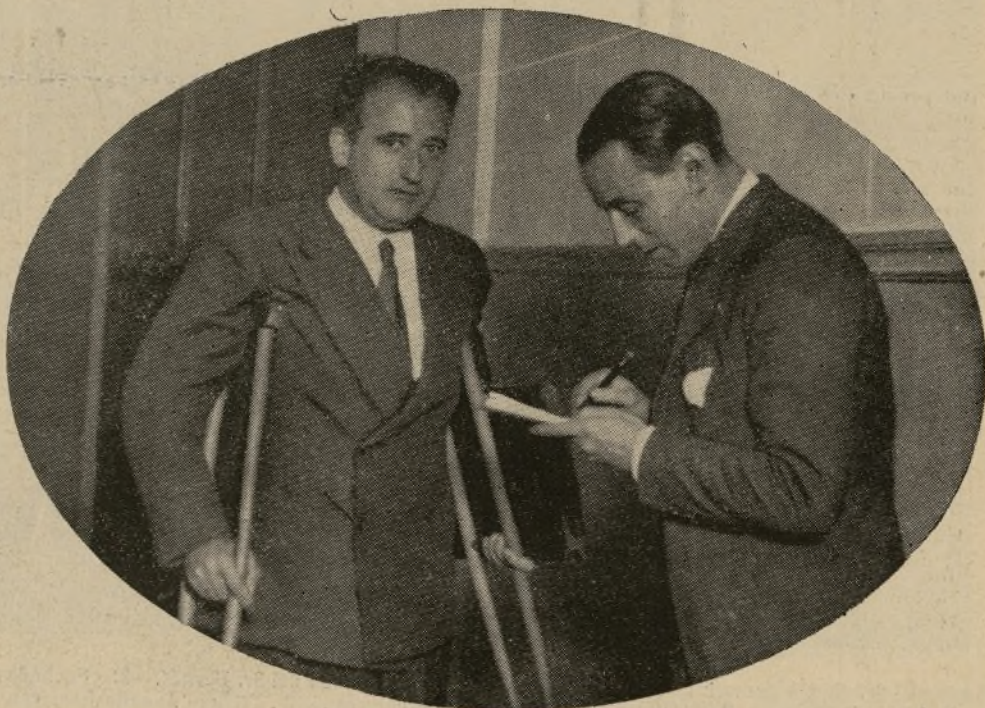
—AVANCE.

—¿AVANCE? Sí, sí, ya recuerdo. Lo vi en Barcelona. Pues nada, no hay inconveniente.

—Muchas gracias. Mientras prepara la máquina el fotógrafo, ¿usted sería tan amable que quisiera contestarme a algunas preguntas?

—Digui, digo, diga.

—¿Va usted a votar la Constitución?



... desde entonces no tiene mis simpatías, así es que..., contesta el glorioso aviador.
(Fot. Ventura.)

—Sí, señor.
—¿Qué opina usted de la elección de Presidente de la República?
—Que me parece muy acertada. Yo ya he hecho diferentes declaraciones en este sentido, y siempre he manifestado que Cataluña espera mucho del señor Alcalá Zamora. Aparte de mi amistad personal con él, le considero el más indicado en estos momentos. La minoría catalana votará muy gustosa este acuerdo de las Constituyentes.

guien que no esté conforme con el proyecto de Constitución y que nos diga algo, y he aquí que, por los pasillos, en silencio, vemos avanzar sobre sus muletas la figura interesante de Ramón Franco. He aquí uno que no vota, decimos, y lo abordamos, naturalmente.
—¿Usted no vota, comandante?
—No. Yo me abstengo, con algunos otros diputados de mi misma opinión. No podemos votar ese artículo transitorio que une

adelante no cuenta con mis simpatías.
—¿Qué me dice usted del voto femenino?
—Que considero menos peligroso dar mi voto a favor del sufragio femenino, que darle para que sea Presidente el señor Alcalá Zamora.
—¿Qué opina usted del futuro Gobierno?
—Da igual que sean unos que otros. Todos serán los mismos afectos al régimen del pasteleo. Ninguno puede gobernar sin una ley de Defensa de la República. No estaré conforme, pues, con el matiz del nuevo Gobierno.
—¿Y un posible Gobierno socialista?
—Muy bien podrían encargarse del Poder los socialistas, pero siempre que se comprometiesen a desarrollar íntegramente su programa.

—¿Del asunto de Tablada...?
—Ni me preocupa ni me interesa, por lo que a mí se refiere; ahora bien, me preocupa la suerte de esos pobres soldados que todavía siguen encarcelados. Sobre todo, Rada, mi mecánico.

—¿Qué me dice usted de esa especie propagada por ahí en relación con una enfermedad en la vista que usted padece?

—Que eso es un completo «blof». Usted mismo puede juzgar. Jamás me he sentido nada en los ojos, y no encuentro la menor dificultad en mis tareas habituales. Actualmente no padezco más que esto de la pierna, y, afortunadamente, creo que dentro de unos días podré abandonar las muletas.

Un grupo de amigos rodea a Franco para discutir el escrito que han de dar a la Prensa explicando su abstención en el voto del dictamen constitucional. Nos despide el gran aviador, y nosotros nos quedamos haciendo consideraciones sobre este hombre que conoció la miel del mayor de los triunfos. Dueño un día de las alturas. Héroe popular. Revolucionario impenitente, acogido hoy al apoyo de dos muletas y metido en el ajetreo político vulgar, en cuyo ambiente le será más difícil conquistar los lauros que un día, tan justamente, colocó España en sus sienes...

Salimos a la calle con la huraña alegría de saber que ya tenemos en definitiva una Constitución; de que ya nuestros flamantes diputados han establecido hasta qué límite deben llegar nuestros derechos y nuestros deberes. España entra ahora en el cauce de su verdadera estructuración. Lo esencial.

En la calle, frío. Los héroes de la tribuna pública ¿seguirán en sus puestos?

ANTONIO CASAS Y BRICIO



El presidente de la Cámara sonríe, satisfecho: «Ya está hecho todo!»

(Fot. Portillo.)

—¿Piensa usted estar muchos días entre nosotros?

—Siete u ocho.

Todo este diálogo lo he sostenido con el señor Maciá de una manera rápida, mientras Ventura prepara el fogonazo. Durante nuestra charla he sentido conversaciones catalanas, preguntas, cortas frases de mi interlocutor con algunos de los señores que le acompañan. No he entendido una palabra, naturalmente; pero me inclino a creer que han sido alabanzas por mi labor reporteril. Tal vez elogios a AVANCE...

Tengo el alto honor de estrechar la mano del presidente de la Generalidad de Cataluña. Saco una impresión bastante optimista de esta entrevista rápida. El señor Maciá me despide muy afectuoso, y a mi marcha se cierra junto a él el grupo que le acompaña, lo cogen en medio y vuelven a enhebrar la conversación, en catalán, como es lógico. Junto a ellos, un ujier sonríe. Tal vez entienda la lengua de mosén Jacinto Verdguer...

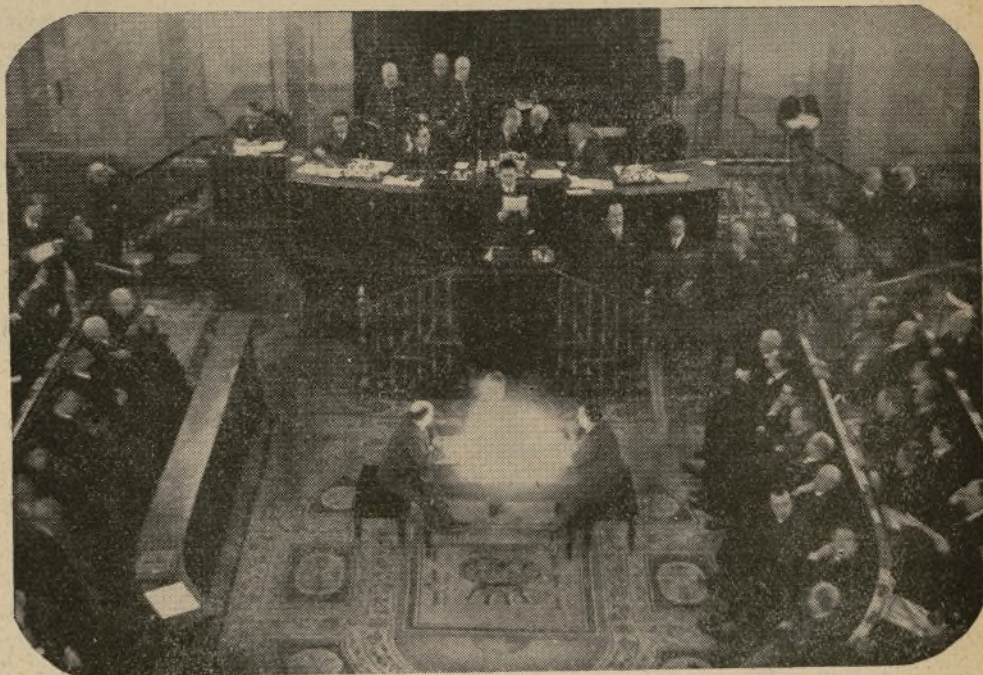
Suenan los timbres de una manera persistente, intolerable. Se llama a votación. El pobre secretario, en pie ante la Presidencia, ha terminado ya la lectura agotadora, y el presidente requiere la presencia de los diputados para que den su parecer definitivo sobre el plato recién salido del horno parlamentario. La votación es nominal. Se hace pesada también. Escaño por escaño vemos levantarse a los diferentes representantes del pueblo y asentir con una leve inclinación de cabeza. Margarita Nelken sonríe al emitir su voto. Victoria Kent, correcta, casi fría, se incorpora un instante para replegarse en actitud meditativa...

Sentimos casi el fracaso de nuestra gestión. Nos parece que no hemos hecho bastante labor periodística. Necesitamos otro personaje, alguien a quien interrogar, al-

la Constitución con la ley de Defensa a la República. No podemos votar esta ley arbitraria y absurda.

—¿Votará usted a don Niceto para Presidente de la República?

—Tampoco. No es el señor Alcalá Zamora el hombre que, a mi juicio, reúne las condiciones apetecibles para ser Presidente de la República española. Estoy conforme con la actuación de don Niceto hasta el día 14 de abril. Desde esta fecha en



Han callado los timbres. Un secretario rompe el silencio de la Cámara y lee... lee... Ya tenemos Constitución.

(Fot. Contreras y Vilaseca.)

El centenario del fusilamiento de Torrijos y sus compañeros

¡Cuántas veces he visitado esa callecita empedrada que desemboca en las playas de Málaga, conocidas por el nombre de playas de San Andrés, junto al Arroyo del Cuarto, en el centro de la cual se levanta una sencilla y modesta cruz de hierro, lugar señalado por la tradición como en el que cayó bañado en su sangre don José María Torrijos, en la trágica mañana del domingo 11 de diciembre de 1831!

Allí, apartado del bullicio de la urbe, he meditado sobre el sublime gesto de unos hombres, contrastando con la vileza y abyección de otros. Más de una vez he leído emocionado aquellas palabras que rezan en el monumento que levantara el primer Ayuntamiento popular de la hospitalaria Málaga: "Aquí fueron sacrificados, por su amor a la libertad, don José María Torrijos y demás compañeros de infortunio. 11 de diciembre 1831."

Cuando vagaba por aquellas inmediaciones, abstraído en la reconstrucción del cuadro que ya mi fantasía había forjado, auxiliada por la imagen de aquel otro gráfico y sensible que pintó el célebre Gisbert, se acercan a mí unos ancianos y, enterados del objeto de mi visita, me dan toda clase de detalles sobre la horrible ejecución, detalles que oyeron a sus abuelos y a sus padres.

En honor de aquellos mártires de las libertades patrias, vamos a bosquejar muy someramente aquella página triste y negra que un siglo ha se escribió en nuestra tierra: en la tierra de la alegría y de la luz.

Corría el año 1831. Reinaba en España Fernando VII y era presidente de su Gobierno Tadeo Calomarde, hombre que parecía haber sido sacado del Averno para servir a un rey déspota que empujaba a todos los tiranos que registra la Historia. Tenía aquel Gabinete, como punto primordial de su programa, el exterminio de todos los constitucionales emigrados, entre los que figuraba el general don José María Torrijos, refugiado en Jibraltar con algunos adeptos; y en el gobernador militar de Málaga, don Vicente González Moreno, encontró el instrumento preciso para desarrollar el plan más bastardo que ha concebido la imaginación humana.

Entabló Moreno correspondencia con Torrijos. Excitábalo a que acometiera la empresa, que hacía tiempo acariciaba, de derrocar el despotismo que oprimía a España. Dábale las mayores seguridades de que tan pronto como pusiese el pie en el suelo español, todo estaría preparado para prestarle auxilio y hacer triunfar el movimiento: autoridades, pueblo, cuerpo de ejército. Estos ofrecimientos, confirmados verbalmente por emisarios y confidentes, infundieron tal confianza en el ánimo de aquel esclarecido militar, que en la noche del 30 de noviembre del expresado año lanzóse al mar en dos barquichuelos, seguido de sólo cincuenta y dos hombres. El afán ardiente de devolver a su patria la libertad perdida le hizo caer en el lazo que le tendió la más negra traición.

Durante la travesía vióse perseguido por el guardacostas "Neptuno".

No pudiendo desembarcar en el punto de la costa de Málaga que se había propuesto, tuvo que hacerlo por Fuengirola. Por esta causa no extrañó, al enarbolar la bandera tricolor y dar el grito de libertad, no encontrar en la playa las fuerzas auxiliares que suponía estarían esperando su arribo.

Los realistas de los pueblos le recibieron a tiros; pero, atribuyéndolo a que no estarían en el secreto, prosiguió sin contestarles hasta la alquería del conde de Mollina. Momentos después vióse bloqueado por tropas de línea y por los realistas de Coín y otros pueblos, y supo que se hallaba muy cerca el mismo González Moreno, con fuerzas de Málaga.

Nada de esto comprendían Torrijos y los suyos, que habían creído verse rodeados de amigos que los recibieran con alborozo y entusiasmo.

Envio al teniente coronel de Artillería López Pinto, y la respuesta que recibió del general Moreno fué: que si en el término de seis horas no rendían las armas, recibirían todos la muerte en el recinto que defendían. Conducidos fueron a Málaga y encerrados en la cárcel, a excepción de Torrijos, que fué destinado al cuartel del 4.º Regimiento de Infantería.

A las ocho de la noche del día 10 de diciembre del ya referido año encontrábase Torrijos, con sus compañeros, en el refectorio del convento del Carmen, y allí le fué leído el decreto de muerte que un poeta había traído de la corte de aquel Nerón moderno. Hasta entonces no acabaron de creer aquellos pechos nobles la perfidia horrible de que eran víctimas. El ilustre patriótico consolaba a sus compañeros, y todos se prepararon a morir con la entereza y serenidad que caracterizan a los hombres libres. Escribió tiernas cartas de despedida a su esposa y a su hermana, que vivía en Málaga.

A las once de la mañana del día siguiente se consumó el acto inicuo y cobarde que había preparado la más ruin alevosía, que escandalizó al mundo y llenó de amargura y de ira todos los corazones. En el lindero de los banales del huerto, llamado de Lebrón, yacían cuarenta y nueve hombres honrados, acibillados por la metralla de los esbirros de Fernando VII, "el Deseado". Todos los cadáveres fueron conducidos en carros al cementerio; al de Torrijos se le colocó en un nicho, que compró después su viuda, y en que permaneció hasta que el Ayuntamiento de Málaga construyó el monumento de la plaza de la Merced, al cual fué trasladado y encerrado dentro de tres cajas: una de plomo, otra de caoba y otra de cedro.

González Moreno, a quien desde entonces llamaron los liberales "el Verdugo de Málaga", recibió, en premio de su perfidia, el ascenso a teniente general y la capitánía general de Granada y Jaén.

¡Gloria y honor a la memoria de aquellos mártires políticos que con su sangre salvaron las libertades patrias! ¡Execración eterna para sus verdugos y perseguidores!

D. VAZQUEZ OTERO

LERROUX

Y LA ALIANZA REPUBLICANA

El miércoles anterior celebró una importante asamblea la Alianza Republicana, asistiendo don Alejandro Lerroux, don Manuel Azaña y otras destacadas personalidades del partido. Al final de la sesión se supo que Alianza Republicana había acordado, por unanimidad, subsistir, atrayéndose a su seno otros grupos políticos de la Cámara, con el fin de facilitar al futuro Gobierno una compacta mayoría republicana.

Esta fué la referencia oficial; pero no trascendió al público que el desarrollo de la interesante asamblea permitió al señor Lerroux descubrir parte de su incógnita durante estos últimos meses, pronunciando un discurso españolista, patriótico, enérgico llamamiento a todos los elementos republicanos para una acción conjunta y en servicio de España.

Parece ser que el señor Lerroux hizo notar que sus viajes a Ginebra y París le habían permitido recoger impresiones del Extranjero, y examinar él mismo, objetivamente, las difíciles circunstancias políticas, económicas y sociales por que atravesaba España. Alguna otra personalidad del partido hubo de reconocer la verdad de las afirmaciones del señor Lerroux, en la parte que se relaciona con la economía nacional, pero mostrando un criterio más optimista. Don Alejandro hubo de replicar que su criterio estaba fundado en las realidades, y parece que sus manifestaciones produjeron honda impresión en los presentes.

De acuerdo con su ideología, AVANCE ha publicado editoriales mostrando su extrañeza ante la actitud abstencionista y confusa del señor Lerroux. Si ahora vuelve a recuperar su viejo prestigio, lleno de lucha y tradición española, nosotros nos sentiremos satisfechos, como buenos patriotas.

UNA ASAMBLEA

La acción de las clases patronales

Coincidente con la salida de AVANCE, en estos instantes de honda emoción nacional, halláanse reunidos en un teatro madrileño, celebrando una magna Asamblea, que tal vez varíe, para bien de la Patria, el curso acelerado de los destinos de España, centenares de representantes muy calificados de las clases productoras del país.

Inútil es negar, no ya la importancia de esa Asamblea, sino su oportunidad y su eficacia en los actuales momentos.

Sabemos que han de tratarse, de un modo minucioso y prolijo, con todo detalle, todos y cada uno de los hondos y trascendentes problemas que hay planteados, y que para cada uno se ofrecerá una solución adecuada, realizando así la gran obra patriótica que no han querido o no han podido realizar los elementos dirigentes del nuevo régimen, más atentos al proselitismo y al politiquero de bajo vuelo, que al encauzamiento de las grandes energías vitales, que pugnan por su estabilización, cumpliendo honda y patrióticamente una misión histórica que nadie, hasta ahora, supo guiar acertadamente.

Nos satisface mucho la celebración de esa Asamblea de las clases patronales, por cuanto que viene a cristalizar en realidades tangibles los postulados de nuestro programa, y excusamos añadir que AVAN-

RESTAURANT
EL IMPARCIAL

Chinchilla, 1 - Teléf. 15538

CUBIERTOS ECONOMICOS
DESDE 1,25 a 6 PESETAS
ABONOS ESPECIALES
Servicio a domicilio

CE, mirándose así halagado y enaltecido por la España que produce y se debate en una ancha inquietud espiritual de redención y trabajo, pone una vez más al servicio de esas clases dirigentes de la economía nacional, con la totalidad de sus páginas, la sincera y honda emoción de sus plumas juveniles.

En este mismo número, comentando ofrecimientos alentadores de las clases a que venimos aludiendo, hacemos la reiteración de nuestros propósitos, en los que nos mantenemos firmes y en los que confiamos llenos de esperanza, por entender que así, y no de otra forma, servimos mejor y con más honrada diligencia el supremo interés de España.

Unanse esas clases que en estos momentos deliberan por el porvenir económico del país, y ofrezcan la sensación de firmeza en sus propósitos y de fe en sus ideales, y el triunfo, rotundo, definitivo, será tan inmediato como reclama la interinidad, el desasosiego en que venimos devanando la madeja del interés patrio.

Adelante, pues, y perseverando en el pro-

pósito de laborar honrada, leal e intensamente por la resurrección nacional en el matiz de su economía, cumplamos todos con el altísimo deber de ofrendar en el altar sacrosanto de la Patria lo mejor de cada corazón y lo más recio y perseverante de cada voluntad.

VENTURA

FOTOGRAFO

**REPORTAJES
GRAFICOS Y
FOTOGRAFIA
INDUSTRIAL**

Tel. 74120 - MADRID

FRUTA DEL TIEMPO

COMENTARIO RIPIOSO A UN GRAN DISCURSO

DESPUES DE HABLAR ORTEGA Y GASSET

Y dijo don José Ortega y Gasset:

"Tenemos ya un cauce legal por donde pueda fluir fecundamente nuestra vida colectiva; tenemos ya bajo nuestras plantas un suelo de derecho donde hincar los talones e iniciar la marcha histórica..."

Con efecto, ya tenemos cauce fecundo y legal por donde podemos ir hacia Mecina Alfahar...

"Van transcurridos siete meses de vida republicana, y es hora ya de hacer un primer balance, y algunas cosas más que un balance..."

Vamos a hacer, si usted quiere, admirado don José, desde aquí a Fernando Poo, un puente para correr...

"Durante esos siete meses, la República ha estado entregada a unos cuantos grupos de personas que han hecho de ella, libérrimamente, lo que les recomendaba su espontánea inspiración..."

Y esas personas tuvieron tanta y tanta inspiración, que estamos los españoles como a partir un piñón...

"... a los quince días de sobrevenida la República, comencé ya a hacer señas a los de arriba para insinuarles que, en mi humildísima opinión, tomaban vía muerta..."

¡Brava metáfora usada por don José, con salero! ¿Vía muerta le llama usted a enorme despeñadero?

"Pero esa ley, la Constitución, existe ya; hay ya un Estado, y ahora nuestro deber cambia de signo y nos impele precisamente a lo contrario que hasta aquí..."

A que suba la peseta de la noche a la mañana; a no desterrar a nadie, y a libertar a Albiñana.

"... no es lícito que sigan más o menos confundidas las actitudes políticas. Es preciso que se deslinden los juicios y los programas, porque es preciso también que se deslinden las responsabilidades."

Nos parece que a Lerroux en esa frase han llamado para que diga si es vegetal, carne o pescado...

"... pero en una hora como ésta, en que nace para España un nuevo destino..."

¡Callar, que no se despierte; pues, si a despertarse llega y se entera del destino, va Cordero y se lo lleva!...

"... para hacer historia es menester que el ciudadano, el simple ciudadano, se halle moralmente "en forma", tenso, como un arco que va a disparar la flecha hacia lo alto..."

¡Y poco tenso que está el noble pueblo español para alcanzar las judías, las patatas y el arroz!...

"Hermanos españoles, no toleréis en vosotros ni en vuestro alrededor el triunfo de la chabacaneria..."

Eso, en sencillo romance, lectores, quiere decir que debemos aprestarnos a hacer la guerra civil...

"¿No es una enorme pena que se desvirtúe esta ocasión, para dejar que triunfen las pequeñeces, las manías, las pala-

bras huecas y, sobre todo, lo angostura de visión histórica?..."

Seguramente esa pena que al filósofo atenaza es viendo a los "jabalíes" desarrollar su programa...

"Y si esto es indiscutible, lo será también extraer la inmediata e inexcusable consecuencia: que es preciso rectificar el perfil de la República..."

Como que el perfil de ahora asusta y da que pensar cuando no invita a correr, a entristecerse o llorar...

"¿Por qué nos han hecho una República triste y agria, o, mejor dicho, por qué nos han hecho una vida agria y triste bajo la joven constelación de una República naciente?"

¿Agria y triste la República? ¡Don José, qué poca vista tiene usted! ¡Cuál se conoce que no es usted "enchufista"!...

"¿Por qué, por qué en torno a la República hay hoy menos fervor que siete meses hace? Esto es lo inadmisibile, lo injustificable..."

¿Por qué no se justifica que cualquiera dé "esquinazo" a la República, si lo reciben a estacazos?...

"... en suma: que el triunfo de la República no podía ser el triunfo de ningún determinado partido o combinación de ellos, sino la entrega del Poder público a la totalidad cordial de los españoles..."

No podía, desde luego; pero habrá podido ver que ha sido todo al contrario, admirado don José...

"Porque no se ha hecho eso..., resulta que, al cabo de siete meses, ha caído la temperatura del entusiasmo republicano, y trota España, entristecida, por ruta a la deriva..."

Tanto decayó el fervor republicano sincero, que el barómetro señala veinte grados bajo cero...

"Se trata, señores, de innumerables cosas egregias que podríamos hacer juntos, y que se resumen todas ellas en esto: organizar la alegría de la República española..."

¿Más alegría que ver con "enchufes" a Cordero, a Domingo en Instrucción y en palacio a don Niceto?

.....

EGO SUM

Busque usted en la calle de la Palma el

Bar LA PALMA

Quedará satisfecho si se hace su cliente

(Continuación de la página 13.)

a nadie, porque con la corrección de estilo hecha antes de la votación, desaparecieron no pocos rípios intercalados en el texto por el noveno poeta de la República, señor Luigui de los Tapiales y del Indulto.

Radiante de satisfacción, pero reventando porque se veía obligado a callar, *Don Niceto I* ocupaba una suntuosísima carroza, acompañándole una Comisión de señores diputados, presidida por el acreditado señor Jiménez Asúa.

La indumentaria del Jefe supremo del Estado era de frac y torreón, o gabina de ocho reflejos y doce reverberaciones, y la de los diputados, *ad libitum*, pues cada uno escogió el traje que más cuadraba con sus gustos y aficiones, siguiendo así la pauta dada por el maestro de ceremonias don Inda.

Sobresalía, empero, un joven parlamentario pelado al cero, con camisa salmón viudo, corbata verde nilo y chaleco salsa mayonesa legítima. Calzaba unas preciosas botas del rojo más subido, con cañas de gamuza azul prusia.

Excuso decir que el pollo se ganó la primera ovación.

Seguían a la carroza presidencial otras varias con el elemento oficial: Gobierno, Corporaciones, Cuerpo diplomático, etc.

En un camión, previamente adornado con banderas y gallardetes, el simpático —¡otra vez, quién lo ha de saber!— alcalde de Madrid, don Pedro Rico.

Pude enterarme que el ir solo don Pedro no era por disgusto con nadie, ni por imposición de Saborit, sino por temor a que descaharrara con su peso físico un vehículo de menos consistencia.

El señor Rico iba ejerciendo su innata caridad. Ordenaba parar el camión ante cada grupo de obreros parados con pañuelo en la acera y echaba unas monedas.

Los favorecidos saludaban a don Pedro, diciéndole campechanamente: «¡Adiós, Rico!...»

Tras las carrozas, piquetes de todos los Cuerpos, y otros cuya filiación desconozco. ¡Es uno tan cateto, que lo ignora casi todo, o todo del todo!

Iban unos hombres vestidos muy raros, que les decían: «Miqueletes», «Miñones» y «Mozos de escuadra», y cuya jerga entre ellos no entendía yo. Sobre todo, a los «Mozos de escuadra» era imposible pescarles ni una sola palabra.

Debían ser *helenistas*, porque cuando hablaban algo, Nicoláu d'Oliver asentía, sonriéndose. ¡Estaría en el ajo de lo que *chapurraban*! ¿De qué nación serán esos «Mozos de escuadra», que no los conoce ni entiende nadie más que el señor ministro de Economía?

Un piquete de jóvenes iba en la formación con unos preciosos trajecitos a la marinera. Eran casi polluelos y, a pesar de ello, llevaban sus escopetas y todo.

¡También es atrevimiento poner armas en manos de unos niños que todavía visten de corto!

Con sus marineritas azules a rayas blancas, sus gorritas con lazos, sus caritas infantiles y sus pantalones bombachos, acampanados por abajo, daban ganas de cogerlos de la manita y llevarlos al colegio más próximo, en evitación de que los pisaran en la bulla en que los habían metido...

Sin embargo, no sólo no les ocurrió desaguisado alguno, sino que el propio ministro de Marina, señor Giral, los felicitó por su buen comportamiento y marcialidad...

¡Y es que hoy nacen los niños enseñados, como si en la otra vida hubiera un Marcelino Domingo cual el que por acá tenemos!...

Desde la casa particular de *Don Niceto I* al Congreso, un entusiasmo loco, desbordándose el fervor, como si la peseta estuviera por las nubes, el pan y demás vituallas en el sótano, el obrerismo ganando más que Cordero, y los perros por las calles acolledados con ristas de longaniza extremeña...

La Constitución seguía cayendo del cielo, si me es permitido decirlo así, para bien de la ciudadanía y efectos procedentes...

A la puerta del Congreso, el señor Besteiro, con todos los diputados francos de servicio.

Aquí me hacía falta el secretario de *La alegría de la huerta*, para que con su fuerza descriptiva os presentara el soberbio cuadro, amadísimos lectores.

¡Figuraos la tarde, apacible y serena; el sol, cayendo en haces, y... Pérez Madrigal interrumpiendo! Besteiro, con la campanilla de lengua de plata en la mano, esperando la segunda interrupción para menear la lengua...

¡Oh momento solemne! ¡Bruno que se pone una corbata; Gusano que roe un discurso; Oreja que escucha; Marraco que habla; Albornoz que huye!... Y a todo esto, fuego graneado de folletos constitucionales, desfile de «Mozos de escuadra», ya con Ventura Gassó al frente, por lo que deduzco que uno de los que pierden al lavarse, y el sol reverberando en los ocho reflejos y treinta constelaciones de la bimba presidencial!...

Cómo sería aquello, que un pollo radical-socialista, diputado por no sé qué provincia, entusiasmado, gritó: ¡Callarus, que me s'ha ocurrido un verzo! Y dijo esto:

¡Vive Dios que me asombra esta grandeza, y que diera un millón por describilla!

¡Y se quedó tan fresco! Es decir, no. Se caló el chapeo, requirió las dietas, fuése y no hubo nada... hasta el mes siguiente!

¡Imponente, estupendo todo aquello! ¿Y luego, dentro, en el salón de actos?

Ante la muchedumbre emocionada, y oyéndose el motor de una mosca, *Don Niceto I*, con una mano puesta sobre *El arte de no pagarle al casero*, que sustituye a los Evangelios, por disposición de don Fernando, el que es de Ronda y ya quisiera llamarse Cayetano, promete solemnemente dar alegría a la República y no alzar más la bandera revisionista.

Se le ovaciona con fervido entusiasmo, y hecho el silencio más sepulcral, *Don Niceto I* habla largo y tendido del canto del ruiseñor, del céfiro enervante, de los cañaverales húmedos de rocío, del olor trascendente de la humilde florecilla, de los puros pétalos de la rosa, y de tó —agregó— lo que Dios puzo en la tierra pa emoción del hombre honrao, que andando por la vía encuentra compensación adecuada a los zinzabores de la existencia física, no menos sentía que alabá por la humanidad entera y verdadera.

¿Tendré que decir que a muchos diputados se les caían las lágrimas como nueces; que Barriobero daba al aire su pelambreira cana, mientras Crespito, el famoso Crespito, empuñándose, decía una vez más que era el alcalde de Ecija y federal desde que nació?

Aquel discurso de *Don Niceto I*, hablando de la Constitución y de sus deberes para con ella, sin tratar de una ni otra cosa, fué de lo más grandioso que se ha escuchado en el Congreso. La prueba está en que ni interrumpió Madrigal; ni Balbontín se declaró más *jabalí* que los otros; ni Lerroux, siguiendo su conducta de estos tiempos, dijo ni pío...

¡Un acto de una vez y para siempre! Y vamos a la calle, que aquí, en estas tribunas, con el calor que hace, nos van a salir cabrillas...

¡A Palacio! ¡A Palacio! La marcha sobre Palacio no la hubiera superado Mussolini con su marcha hacia Roma.

¡Músicas, cohetería, vítores, chupinazos, agitar de banderas, flameo de gallardetes! ¡La hipotenusa vestida de entretiempo con vueltas de moaré!...

Y ya a las puertas de Palacio, descendido de la carroza triunfal el Presidente y rodeado de su abigarrada comitiva, dejemos a *Don Niceto I* penetrar en el ex regío recinto y dejémosle descansar de tanta emo-

ción y tanto ajeteo. Digamos con la conocida frase:

¡Papam habemus! ¡Ya lo sabemos!...

Ahora, sin eutrapelia, como españoles que aman a su patria sobre todas las cosas, y que serían sinceramente republicanos si no los ahuyentasen con su egoísmo, sus estridencias, sus absorciones y sus colmillazos los gerentes del nuevo régimen; ahora, repetimos, nuestros pechos de patriotas se abren a la esperanza, y confiando aún en la potencialidad inextinta de la raza y en la buena voluntad de todos los españoles, hacemos votos ferventísimos por que la inteligencia preclara del gran español que acaba de escalar la más alta Magistratura nacional sepa y pueda conducir a España por los senderos de bienestar que tanto necesita y todos anhelamos.

J A C A R A

Con Rico y con Saborit
¡qué bien se vive en Madrid!

Bien vivimos, sí, señor; es lo que se llama suerte. Ya los autos, con furor, no le deparan la muerte más que a unos cuantos al día. ¿Lasa casas? Por veinte duros tenemos cuartos oscuros que son una monería. ¿Las calles? ¡Que ni pintadas! lo menos hay cuatro o cinco que no han sido levantadas. ¿Y la higiene? Con qué ahínco se ocupan los concejales de que, en materia de olores, al Congo seamos iguales. ¡A las pastillas, señores! Hay gente tan mal pensada, que es fuerza la aclaración. ¿Y el mercado? ¡Qué bobada! ¡Lo mejor de la nación! Por sólo media peseta, de patatas dan un kilo. y por cuatro, una chuleta más fina que el fino hilo. ¿Y de peras y melones, hortalizas, mantequilla, sardinas y boquerones almejas y pescadilla? ¿Quiere usted callarse? ¡Vamos! Lo menos compra cien gramos con lo que vale una casa. Lo que a la gente le pasa es que se muere de hambre porque no tiene dinero. ¡Que miren al Extranjero!, y olvidarán el calambre de sus tripas impacientes. ¡Amigos, sed consecuentes! ¿Otras cosas no han de hacer que cuidar vuestro comer? En Francia, Rusia, Inglaterra, en China y en Turquestán está la cosa que aterra. Comer, ellos comerán, pues si no se hubieran muerto; pero también es muy cierto que no tienen un alcalde tan castizo y que, de balde, tanto a su pueblo divierte. ¡Señores, siga la fiesta! No haya por nada un apuro: ¡el pan no ha llegado a duro!

Con Rico y con Saborit
¡qué bien se vive en Madrid!

BOY



Por la Escuela primaria

Bien, muy bien que no quede villorrio alguno sin su escuelita; pero no en el villorrio. Porque esa escuela, hecha con el zaquizamí proporcionado por las autoridades del villorrio, no es "escuela".

Y los niños del villorrio tienen derecho a ella.

Excelente propósito, benémerita labor el crear escuelas nuevas. Pero antes, o al mismo tiempo, atender y mejorar las antiguas. ¡Qué vergüenza y qué ignominia son muchas de las escuelas que antes se creaban!

Con la actual asignación no puede cumplirse la disposición de proporcionar a todos los niños material escolar.

Y los niños necesitan mucho papel, y lápices, y tinta, y pinturas, y libros nuevos y variados. El funcionamiento normal y moderno de una escuela exige muchas cosas.

Y no las suple del todo el ingenio y el

entusiasmo, la vocación y la voluntad del maestro.

Hay que pensar seriamente en el muchacho que deja la escuela al término de la edad escolar. Un tránsito muy delicado y difícil.

Ahí empieza un ciudadano o un canalla. El Estado debe y puede deshacer esos dos términos. Y dejar el primero.

Otra buena cosa: las Misiones pedagógicas. Pero pasa el tiempo, y el pueblecito necesita y espera ansioso a los misioneros. Un poco de luz y entusiasmo a la escuela y la aldea.

Verbo cálido y sincero, y acciones y ejemplos útiles que inquieten los pobres cerebros, adormecidos por la ignorancia de los más y por la apatía de los menos.

¡Cuánto han laborado por el nuevo estado de cosas muchos, muchísimos maestros! Charlas, conferencias, mítines, conversaciones. Un hacer constante y callado, pren-

diendo en los espíritus chispas de luz y de santa rebeldía a lo caduco, lo podrido, lo inmoral, lo feo, lo insincero. Una captación de infantiles voluntades a lo bueno, a lo bello, a lo moral, a lo ético, al amor, a la confraternidad. Un acuciamiento de la sensibilidad dormida hacia la injusticia, hacia los infortunios, hacia las desigualdades. Debe mucho la República a los maestros. Aunque muchos, muchísimos, no hayan estado en la cárcel.

Nos decían que ya el maestro no sufriría persecuciones en su excelsa labor. Que ya era hoy un ciudadano como los demás. Hasta ahora no había alcanzado esa categoría. Y si el cacique monárquico hacía de las suyas, culpa sería del maestro en no atacarle, en no defenderse... Persecución por la encontrada ideología; lucha enconada por la casa "decente y capaz", que ni es lo uno ni lo otro; impuestos municipales abusivos e injustos... ¡El cacique, siempre el cacique! Sólo que ahora se ha disfrazado de republicano.

MANUEL TRILLO

(Dibujo del mismo.)

«Pérez Galdós», boletín escolar

Hemos tenido el gusto de recibir el sexto número de «Pérez Galdós», el notable y simpático periódico que redactan y confeccionan, bajo la inteligente dirección de don José Delgado, los niños del Grupo escolar «Pérez Galdós».

Apremios de espacio han diferido, por nuestra parte, el debido comentario de simpatía y estímulo hacia una obra que seguimos desde sus comienzos con creciente interés.

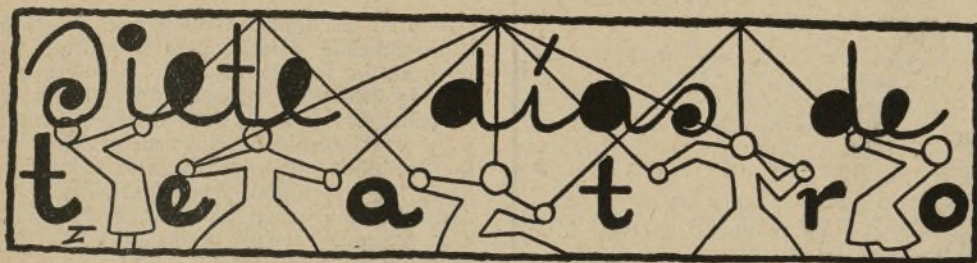
El periódico escolar «Pérez Galdós» es singular en su género. Se editan algunos otros —muy pocos—, pero todos tienen matices diferentes.

«Pérez Galdós» es periódico de niños y para niños. Periódico de niños, esto es, creación debida al esfuerzo espiritual y material de los pequeños escolares. En la redacción de un cuento, en la confección de una noticia, en todo vibra el entusiasmo juvenil. ¿Será «Pérez Galdós» cuna de algún gran maestro del periodismo?

Siendo, como es, tan de ellos, consecuencia natural es que es para ellos. Así, nosotros suponemos el júbilo que supondrá para los pequeños escolares recibir gratuitamente el periódico de su querida Escuela.

No hubiera sido posible realizar una tan bella y eficaz empresa, si no estuviera animada por un espíritu singular. Nos referimos a don José Delgado, director del Grupo escolar «Pérez Galdós», uno de los maestros jóvenes mejor preparados y dotados de un entusiasmo, una tenacidad y un amor a la escuela, que hacen el que en sus manos cobre la escuela un ritmo moderno, a la altura que las circunstancias demandan.

Felicitemos efusivamente a don José Delgado, y deseamos muchos éxitos a esos menudos y simpáticos redactores y obreros que con su trabajo alientan este singular periódico.



«No hay quien engañe a Antonietta»

Son harto conocidos los ingredientes de un buen vodevil. Una gran dosis de frivolidad. Ambiente "chic", ultramoderno. Despreocupación femenina. "Cabarets", "budoirs", "garçonnières". Maridos celosos que ocultan sus celos ridículos. Esposas alegres que fuman cigarrillos turcos y visten pijama. Un joven en boga, afeminado, preferible bailarín, y si es imbécil, mejor. Alguna aventurera. El señor encargado de cortar las escenas escabrosas. Y una fuerte salpicadura de mostaza en el diálogo.

Todo esto y más tiene el vodevil en tres actos, de Hennequin y Weber, estrenado en Eslava con el título "No hay quien engañe a Antonietta". Y, en efecto, Antonietta se esfuerza en barnizar su temperamento hogareño, aburguesado —amigo de la mesa de camilla y de las caricias matrimoniales—, con una pintura de chica caprichosa y versátil; y ya sale en auto con el conde Ladislao de Varini, como tira serpentinitas desde un palco de "El gato negro", nombre de "dancing" fatal. Pero cuando llega el momento de los besos y de los arrumacos del amante, Antonietta extrae a flor de piel su repulsa de provinciana de Angulema, y la moral se salva.

El esposo de Antonietta es Alberto Rastinan, un inglés traducido al español, con cierta "sans façons" humorística, por Mariano Ozores. Este inglés quiso procurar a su esposa, saturándola de distracciones, y de "cabarets" y de vida nocturna; pero esta alopatía teatral —"similia, similibus curantur"— produce efectos contrarios, pues Antonietta vive en aquel ambiente como en su propio elemento. Alberto —inglés de pelo moreno— sigue la ruta glacial, flemática de la raza británica; mas la influencia del color del cabello, sin duda, le hace proferir juramentos y lanzar miradas estrábicas de celos, igual que un habitante de la baja Andalucía.

Pero el vodevil es como el filatelista: no obedece a razones lógicas, y si es ameno, divertido, ingenioso, cumplirá con creces su función escénica. Los tres actos de "No hay quien engañe a Antonietta" tampoco engañan al público, esparciendo su ánimo, alegrándole de haber nacido. Obras así son las que desarrugarán el ceño de esta República triste y agria.

Citemos en la interpretación los nombres de Carmen Sánchez, Irene Guerrero de Luna, Mariano Ozores, Ramón Peña y José Baviera.

«Los Pistoleros»

Advierte Federico Oliver que grandes creaciones teatrales se vaciaron en el molde melodramático. Ciertamente. Pero no es este el caso de su obra "Los Pistoleros", recientemente estrenada en el Español. El titulado drama social, ni es tal drama, ni posee músculo para transponer el límite fugitivo de toda obra nacida bajo el signo de la circunstancia.

Requiere el melodrama verdadera maestría técnica y que el calor humano de los

personajes dé un aliento de vida a su medroso artificio. El melodrama, en síntesis, viene a ser como ese anciano que, al final de sus días, se suicida; esto es, una estafa a la tragedia. El melodrama es un género preceptivo, engañoso, y con frecuencia deja intacta la sustancia dramática y acomete, meticoloso, una labor de habilidad que se resuelve en un buen folletín.

En "Los Pistoleros" fracasa hasta el folletín. Los tipos principales de la obra están dibujados ingenuamente, a modo simplista, recalcando en unos y otros las pasiones predominantes —el amor, el odio, el sacrificio—, hasta el extremo de absorber la totalidad de los caracteres respectivos. Juan Ribalta, el visionario bobalicón, líder pueril de las masas; Andrés, el joven generoso y romántico, y el gobernador, déspota, incivil, sangriento, son puras abstracciones, como ocurre en las comedias de magia, donde las virtudes y los defectos tienen perfiles unilaterales, para que hieran con mayor seguridad la sensibilidad infantil.

La obra dibuja fielmente episodios sociales de reciente suceso: lucha sindical, huelgas, pistolismo, etc. Con el argumento social se enhebra una trama amorosa; mas el autor carece de aliento dramático para resolver felizmente esta ecuación. En el desconcierto general falla hasta la habilidad constructiva, y el señor Oliver, tras de alguna que otra escena ilógica y contradictoria, tiene que pedirle recursos originales a Sardou y Shakespeare.

La reciente actualidad de los hechos reviste la obra de algún interés, un poco morbosos. El espectador atiende al desarrollo de la trama, vive la curiosidad anecdótica de los sucesos, pero sin entregarse a una sincera emoción dramática. El curso de "Los Pistoleros" muestra remansos de objetividad y remolinos de concesiones a determinados sectores del público. Reprobable es la intención, pues la escena también tiene su izquierda y su disciplina de buen teatro —teatro puro—, lejos de las sugestiones fáciles al aplauso.

Enrique Borrás, en la interpretación de Ribalta, nos mostró la plenitud de su genio trágico. Francisco López Silva, en el gobernador, y Manuel Díaz González, en Andrés, muy bien. Gracias a este tríngulo, la obra de Federico Oliver pudo salvar el Cabo de las Tormentas de las protestas. Sin la notable labor de los tres citados actores, el público hubiese aplicado prematuramente la "ley de Fugas" a "Los Pistoleros".

«Las llamas del convento»

El incendio de las residencias de religiosos produjo los trastornos públicos que todos recordamos. Una de sus deplorables consecuencias ha sido la comedia dramática, en tres actos, "Las llamas del convento", original del señor Fernández Ardavin y estrenada el pasado miércoles en el teatro Muñoz Seca.

Obra de oportunidad, de circunstancias políticas, "Las llamas del convento" consigue despertar la curiosidad del público con su rótulo sugerente. Pero nada más. La República no goza de fortuna en el terreno

dramático. Cuantos hasta ahora trataron de teatralizar este suceso —que por su trascendencia social ha de tener inevitable repercusión escénica—, no lograron cuajar una sola obra apreciable.

Rosario, la mujer que penetra en el convento por una desesperación de amor, y que más tarde, por el acontecimiento fortuito del incendio, vuelve al mundo, no puede encarnar un tipo singular de mujer. La frecuencia y vulgaridad del caso ha hecho que en la esquina de cada calle española se alce uno de esos edificios recoletos donde las pobres alondras lloran en clausura los desvíos del gavián. Tampoco nos explicamos, con un poco de rigor lógico, la necesidad del sacrificio de Rosario, uniéndolo oficialmente el hombre que ama con su rival. Se asegura —hay que creer al autor— que ésta posee el medio de salvar o perder al botarate de Juan Román; pero, desde luego, este medio se queda secreto entre las bambalinas.

Juan Román, ambicioso, militar rebelde, conspirador tráfuga, de ideas avanzadas y tan ateo que se une en matrimonio canónico con Dolores, sirve para plantear el pseudodilema dramático; para darle réplica a Rosario, y que ambos se enzarzen en una polémica rimada de rústico liceo pueblerino. Oímos hablar de la tradición, de la paz, de la fe en Dios, de las ideas nuevas, del odio que vierte en sangre y del amor a la Humanidad. El autor va saltando graciosamente sobre el trampolín de la rima sin decidirse por uno de los términos de su propia encuesta, y al final de la obra no sabemos si irnos a predicar comunismo al campo sevillano, o si profesar en un convento de frailes mercenarios.

Consuelo, la chica modesta que abandona su familia y posa desnuda en el estudio de Paco el pintor, es víctima igualmente del desvío de amores de éste. Menos mal que luego se consuela con el cariño de un médico, el buen Ricardo, que, al parecer, posee madera de resignado. En la obra nadie queda descontento —no nos referimos al público—. La misma protagonista abandona en definitiva su celda, no para casarse con Juan Román, sino para unirse, andando el tiempo, con Paco. Hasta Juan Román es feliz, pues ocupa un alto cargo político y tiene ocasión de pronunciar, antes de marcharse, una de sus afortunadas frases trágicas: "¡Entonces, adiós para siempre!"

El verso, a ratos sencillo y en ocasiones —casi todo el sensiblero tercer acto— deplorable. Se prodigan las rimas de "ojos" y "enjos", de "presos" con "besos" y otras que tanta notoriedad dieran al invicto señor Camprodón. En el tercer acto hay una breve amenaza de canto a la mantilla que, por fortuna, aborta. Recordamos a "Rosa de Madrid". Esto del canto a las prendas de la indumentaria femenina constituye un socorrido recurso del señor Fernández Ardavin. Esperamos que en su próxima obra hilyane unas quintillas para la falda, único atavío hasta ahora desairado por el poeta.

Irene López Heredia dió empaque a la figura de Rosario y mejoró, con su buena calidad de recitadora, la pobreza del verso. Mariano Asquerino, discreto. Marcial Manent no acertó a prestarle a su personaje toda la fogosidad que requería. María Isabel Pallarés, con tonos de sentimentalismo barroco. El señor E. A. J. 7, formidable, sin el más pequeño "fading". Los restantes intérpretes, a punto con su función de conglomerado escénico.

"Las llamas del convento" obtuvo una buena acogida del público —menos decisiva al final de la obra—, y un éxito enorme, rotundo, de la claque.

FRANCISCO GARPE

CINELANDIA COCK-TAIL

por C. Franco Castillo

A propósito de cuatro estrenos selváticos

Charla intrascendente entre yo y mi otro yo

—Algidos y atrincherados, mi dulce paralelo.

—Vendavalescos los tenga, mi otro yo.

—¿Qué tal por esas pantallas madrileñas?

—Rugidos, sólo rugidos por todas partes.

—El cinema selvático se ha puesto de moda...

—Y las casas productoras, que no saben aprovechar oportunidades, en vez de lanzar, espaciadas suficientemente, sus producciones, nos las largan todas en fila.

—Con gran daño para su economía.

—Y con gran aburrimiento para el público y para nosotros, que en menos de quince días hemos tenido que aguantar

tres estrenos de los que nosotros adjetivamos de selváticos.

—Y otro que nos van a dar.

—No me lo digas, hombre.

—Y bueno, ¿qué te han parecido?

—“Mawas” no está mal, “Ingagi” tampoco, y “Trader Horn” menos; pero, sin embargo, con tanta fiera se me han quitado las ganas de ir al Parque Zoológico.

—¿Y esas cintas son verdaderas?

—Algunas cosas, sí; pero las más..., puro camelo de galería.

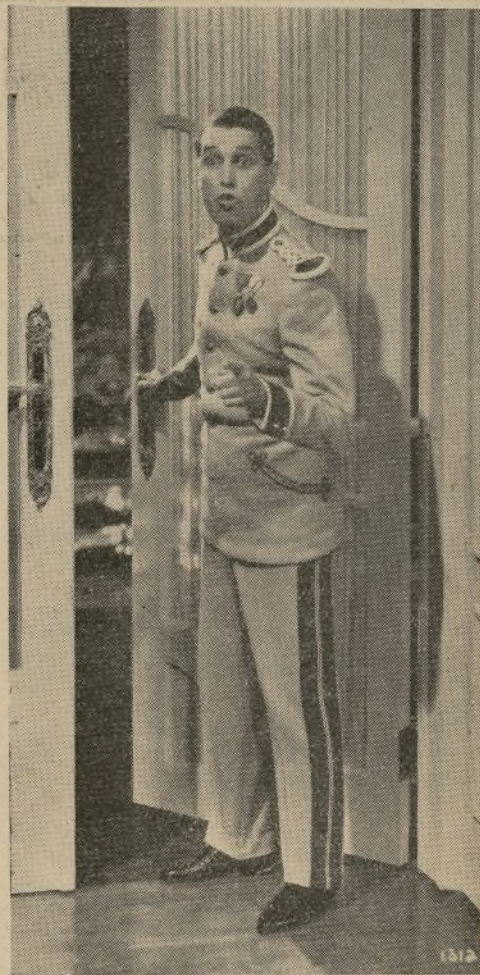
—Pero de todas ellas, ¿cuál te ha gustado más?

—“Trader Horn”, que a los misterios selváticos une la emoción de un argumento bastante bueno, unas vistas muy bellas y una interpretación excelente.

—¿Irás también al estreno de “Eats of Borneo”?



Odette Florelle en la película U. F. A. «Dilema»



He aquí a Maurice Chevalier, el favorito de las damas, en su última producción, «El Teniente Seductor».

—Por desgracia.

—Adiós, mi dulce “yo”, que Alá te guarde.

—Adiós, mi otro “yo”, que la suerte te sea pródiga.

En el Avenida.—«Juventud dorada»

Mala racha lleva el aristocrático Cinema Avenida. Dos o tres estrenos, que el que estas líneas escribe ha visto con el espíritu y el carácter del crítico, ha tenido que consignar, no sin gran pesar, el fracaso terrible, avasallador.

“Juventud dorada” es una comedia muy londinense, falta de veracidad, argumento, técnica y fotografía.

Unicamente llega al público la escena en que el pianista se entera, en la noche de su boda, de que la aristocrática “miss” tiene ciertas íntimas relaciones con otro no menos aristocrático “míster”, y —excelente visión— decide abandonarla y volver al ambiente triste de su vida bohemia.

¡Lástima de dirección y de interpretación! ¡Qué excelentes resultados podían haberse obtenido de este argumento!

La sincronización, deficiente. Peca de excesivos y malos diálogos.

Nuestro pésame a la Empresa y a la editora. ¡Otra vez llegará el triunfo!

En el Callao.—«Papá, piernas largas»

La Fox nos ha dado en el Callao una nueva e interesante película, en la que Jannet Gaynor, la “estrella” preferida de la Casa, vuelve a mostrarnos su belleza esplendente y su gracia fina.

Jannet, la magnífica heroína de aquellas



Una interesante escena de la película «El otro yo...»

prodigiosas películas que llevan por título "El ángel de la calle" y "El séptimo cielo", que tanto gustaron a nuestro público, ha obtenido otro nuevo éxito con su producción.

En los papeles de niña humilde, Jannet ha logrado destacarse, y en esta su nueva cinta, en que se nos presenta como una pobre huérfana, protegida por cierto desinteresado señor a quien ella no conoce, y al que ha bautizado con el nombre de "Papá, piernas largas", por la desproporcionada sombra que produjo un día sobre la pared la figura de su bienhechor, obtiene un éxito franco y delirante.

Warner Baxter, el adorado y desconocido "Papá, piernas largas", obtuvo también un buen éxito, por lo acertado de su labor.

La película, bien de técnica; excelente de fotografía y sincronizada magníficamente, aunque en algunos disculpables pasajes pese un poco en el ánimo del espectador, obtuvo el beneplácito de los asistentes a su estreno.

En Rialto.—«Claro de luna» :: :: ::

La Metro Goldwyn Mayer tenía que buscar un pretexto, bastante disimulado, para dar que hacer a su "estrella" en decadencia Adolfo Menjou.

El marco de alta sociedad es excelente para este actor; pero ya los años, a pesar de sus pocos de actuación, van pesando. El que hace muy poco fué personaje principal de todas aquellas maravillosas comedias de aristocracia, vese hoy doblegado a hacer papelititos de segundo término, aunque los directores, error disculpable, se esfuerzan por hacerle aparecer ante los ojos del espectador como "estrella" del firmamento metrogoldwyniano.

"Claro de luna" tiene ciertas concomitancias con "El desfile del amor", la maravillosa película tan inútilmente pretendida imitar; la bella princesa (Grace Moore) que se enamora de un valiente y decidido militar (Lawrence Tibbet), y el hombre

malo, el príncipe Boris (Adolfo Menjou), prometido de la princesa, que destina, con el decidido propósito de que encuentre la muerte, al joven teniente a la frontera turca. Pero como los directores no pueden ni quieren dejar mal sabor en el público, la comedia termina, como todas, con el éxito de los intérpretes.

Lawrence Tibbet, el magnífico cantante, obtiene un éxito personalísimo, algo superior al obtenido por Grace Moore y Adolfo Menjou. Su voz maravillosa y su perfecta dicción atraen al público. En definitiva, un buen éxito.



Laurens Tibbet y Grace Moore en la película Metro Goldwyn «Claro de luna».

¿Sabía usted que...

... George Bancroft se quedó dormido en el "pullman" a su llegada a Boston y, a instancias del Comité de recepción, el jefe de estación detuvo el tren doce minutos para que don Jorge, dormilón, tuviera tiempo de lavarse la cara y salir a ser "recibido"?

... Norma Talmadge hará otra película más para la Metro Goldwyn Mayer tan pronto obtengan una historia apropiada para ella?

... Jaqueline Logan, de quien desde hace tiempo no se sabía nada, ha aparecido en Londres con la compañía British International, con carácter de productora, directora y actriz?

... Harold Lloyd se está haciendo tan exclusivo como Charlie Chaplin, pues hasta ahora ha anunciado que hará otra película este año, que se llamará "The Gate Crasher". Ha empezado la producción en los primeros días de septiembre, lo que quiere decir que no le veremos hasta el año próximo?

... Sessue Hayakawa, el conocido actor japonés, y su esposa Tsuru han adoptado al pequeño Alexander Hays, de dos años y medio, y aun cuando el niño es norteamericano, tiene toda la apariencia de un japonésito con el pelo negro y lacio y los ojos almendrados?

**Comerciantes,
Industriales,
anúnciense
en avance**



deportes



CARTA ABIERTA

Señor Seleccionador único del equipo español

No era optimista. No podía serlo. Ya en las columnas del número pasado hacía esta manifestación; pero nunca mi pesimismo me llevó a suponer un desenlace tan "trágico". El resultado que esperaba —a la vista los hombres seleccionados— coincidía con el pronóstico mínimo de una victoria por cuatro tantos de diferencia, expresado por algunos jugadores ingleses momentos antes de la lucha.

El "once" que creía saltaría al campo del Arsenal ostentando la "zamarra roja", dista mucho del que salió, aunque no eran más que dos las figuras eliminadas: Regueiro y Ciriaco.

Ausente el delantero "merengue" de la línea de ataque, y en su lugar Leoncito, esa línea perdía toda su consistencia, no sólo por la falta de un jugador de excepcional clase como es Regueiro, cerebro y corazón en la vanguardia, sino porque el suplente no puede ni debió figurar en ese puesto para un partido de tanta envergadura, para el que debieron prepararse las cosas de muy distinta manera, ya que los contrarios eran una verdadera selección, formada con miras a un seguro y contundente triunfo, capaz de borrar el recuerdo amargo de lo ocurrido en el Stádium madrileño.

Me dirá usted, para buscar paliativos a lo sucedido, que en aquel momento no podía realizarse otra cosa. Esa disculpa es completamente del género infantil.

Arocha se encontraba "allí", y muy bien el canario pudo llevar la dirección del ataque y pasar Samitier a cubrir la falta de Regueiro. Cuando menos, Arocha, con el permiso de usted, es y será más delantero que Leoncito. Pero es que además no se debió dejar que las cosas llegaran a ese punto, porque pudieron preverse antes.

Se sabía que Regueiro estaba "tocado", y debió llevarse otro delantero, por si sucedía lo que después ha pasado. ¿No tiene fondos bastantes la Federación Española? Sí. Pues entonces...

La baja de Ciriaco es incomprensible, máxime sabiendo el "método" implantado por usted, inventor del sistema de líneas acopladas, para después terminar en el desacoplamiento. Contra todos sostuvo usted su sistema, en el que nació la pareja Ciriaco-Quincoces, que ahora, mucho más acoplada con el tercero de la tripleta defensiva, deshace para colocar a Zabalo. Claro que espero su razonamiento genial: que era necesaria la presencia de Zabalo en el equipo para que Samitier contara con un punto de apoyo conocido. O algo parecido.

Nuestro pesimismo provenía de varios puntos, pero radicaba principalmente en el hombre elegido para ser eje en el equipo: Gamborena.

El pequeño irunés cuenta con todas nues-

tras simpatías por su juego y su vida futbolística; mas los años no pasan en balde, y, lo mismo que José María Peña, son figuras que el tiempo se encargó de borrar.

Actualmente pueden servir para algún Club en algunos momentos, como otro elemento cualquiera; pero distan mucho de dar una regularidad en sus actuaciones.

Gamborena, hace unas temporadas, de medio centro era medio equipo del Irún;



Rubio, el famoso huído, a quien veremos dentro de poco con la camiseta blanca, aunque lo nieguen los directivos del Madrid.

José María Peña, en el Arenas, de medio ala suponía otro tanto. Uno y otro se bastaban para sujetar a casi once enemigos, y hasta podían permitirse el lujo de empujar a sus compañeros hacia la victoria. Pero uno y otro, hoy día, sólo son un recuerdo de lo que fueron.

¿Falta de un medio centro en España con méritos suficientes para figurar en el eje del "once" representativo del fútbol hispano? Conformes. Pero había "material", con el que pudo intentarse conseguirlo: Ordóñez.

La pasada temporada, el medio centro atlético madrileño dió un excelente rendimiento, y por dimes y diretes con su Club, este año, hasta ahora, ha estado inactivo, lo que pudo evitarse si las Federaciones procedieran con más rapidez para ven-

tilar los asuntos y no se dedicaran a dejar pasar el tiempo para ver si algún "dialogador" se cansaba y "picaba". Se le debieron dar partidos a este muchacho en tanto duraba la discusión, para entrenarle con miras a los partidos contra Inglaterra y Escocia, ya que las condiciones que reúne Ordóñez concuerdan con las precisas para tan difícil puesto: juventud, bríos, corazón y dureza; todas necesarias para esos partidos, sobre todo la última, sabiendo las características del juego inglés, hermano del fútbol que se ha practicado siempre —que se lo pregunten a aquellos que levantaron el fútbol hispano en Amberes—, y que hoy no se practica por incompetencia de nuestros "nazarenos", que no saben distinguir el juego "macho" del juego "canalla".

Si nuestro pesimismo tenía su base fundamental en el hombre elegido por usted para medio centro, también radicaba en otros dos puestos, para los que seleccionó a Samitier y Roberto Echevarría. Dos grandes jugadores, cierto, pero demasiado "fríos" fuera de sus equipos. Jugadores de "cerebro", que no exponen, y a estos partidos hay que salir a dar todo lo que se tiene, sin pensar si se ha de quedar deshecho en la brecha. Para estos encuentros, el hombre de "corazón" produce un rendimiento infinitamente mayor que el jugador "cerebral", quien piensa siempre en los inconvenientes y resultados personales de cada jugada. Se precisan hombres que se "entreguen" completamente; jugadores del corte de aquellos que lograron el título de "diablos rojos", y que fueron a luchar no por y para ellos, sino por y para el nombre de España.

Barro y mal tiempo en Inglaterra. Ambas cosas lógicas en esta época en aquel país, a las que se pudo acostumbrar a nuestros jugadores, entrenándolos en campos embarrados, de los que no faltan en España.

La responsabilidad de lo sucedido no es sólo de usted, señor Mateos, únicamente, sino que la deben compartir también toda la camarilla que regenta el fútbol español; el que no puede estar a merced de que unos cuantos señores, unos que brillan en el fútbol y otros que viven de él, lleven el nombre de nuestra Patria para ponerle en ridículo.

Estas salidas, en las que se pone en juego el nombre de España, es ineludible que vayan avaladas con un título de seriedad, del que actualmente carecen.

Un camino, usted y los "otros", tienen claramente señalado en estos momentos. Recogerse en casa, con el decidido propósito de no intervenir en cosas para las que no se tienen las aptitudes necesarias. Si esta determinación no es tomada por usted y por los "otros", entonces... será necesario que los demás se la impongan a los que han llevado el nombre de España a Inglaterra para revolcarlo por el barriillo del campo del Arsenal ante miles y miles de espectadores.

PACHU ARGORRIETA

Charlas femeninas

Cumpliendo lo que os dije en mi charla anterior, hablaremos hoy de ejercicios fundamentales gimnásticos.

Entramos, por decirlo así, en la segunda parte de las breves nociones que estoy tratando de daros, las cuales no por breves dejan de dar excelentes resultados; claro que el complemento de ellas es la constancia. No vayáis a creer que en quince días encontraréis una gran diferencia; nada de eso: os hablo por propia experiencia. Yo soy una convencida de ello. Intenté empezar varias veces; la falta de constancia me hacía fracasar; hasta que un día, alarmada por la curva gráfica de mi peso, empecé seriamente, imponiéndome la media hora de gimnasia como una obligación diaria, y a los dos meses noté una buena baja de peso, quedándome en mi antigua silueta, que siempre había sido delgada.

Rotación y flexión de tronco.—Colóquese usted con los pies juntos, los brazos a lo largo del cuerpo; ábralos en forma de cruz al mismo tiempo que separa ligeramente un pie del otro, saltando con suavidad; gire el cuerpo hacia su derecha, y una vez terminada la rotación, flexione su cintura, tocando con su mano izquierda la punta de su pie derecho; sin doblar las rodillas, desflexione su cintura y haga la rotación esta vez hacia la izquierda, tocando con su mano derecha el pie izquierdo. Cuanto más veces lo haga, más rápidos serán los resultados; pero no olvide que las agujetas es un dolor muy molesto.

Rotación de tronco.—Colóquese usted en la misma posición que en el ejercicio anterior, y de igual manera abra pies y brazos, gire el cuerpo hacia su derecha e inclínelo lateralmente hacia el suelo; imprima un fuerte movimiento de rotación hacia el otro lado a su cintura, de manera que su cara, que primero miraba al suelo, mire ahora al techo; repita el ejercicio hacia la izquierda, y así sucesivamente.

Ejercicio para disminuir el vientre.—Siéntese en el suelo y eleve los brazos tanto

como le sea posible; incline éstos hacia delante, llevando la cabeza aprisionada entre ellos hasta tocar con las puntas de sus manos a los pies; vuelva a elevar los brazos por encima de su cabeza, y repita este ejercicio tantas veces como su resistencia se lo permita.

Ejercicio de media voltereta.—Tumbese en el suelo apoyando fuertemente contra él las palmas de las manos; eleve sus piernas juntas, describiendo un extenso círculo, hasta llegar por detrás de la cabeza a tocar el suelo con las puntas de sus pies.

Ejercicios respiratorios.—Colóquese de rodillas sobre la pierna izquierda, apoyando el pie derecho sobre la punta en el suelo; abra los brazos en cruz, y aspirando fuertemente el aire por las narices, inclina el cuerpo de cintura para arriba hacia atrás; espirando el aire por la boca, inclínelo hacia delante y repita estos dos movimientos alternados varias veces.

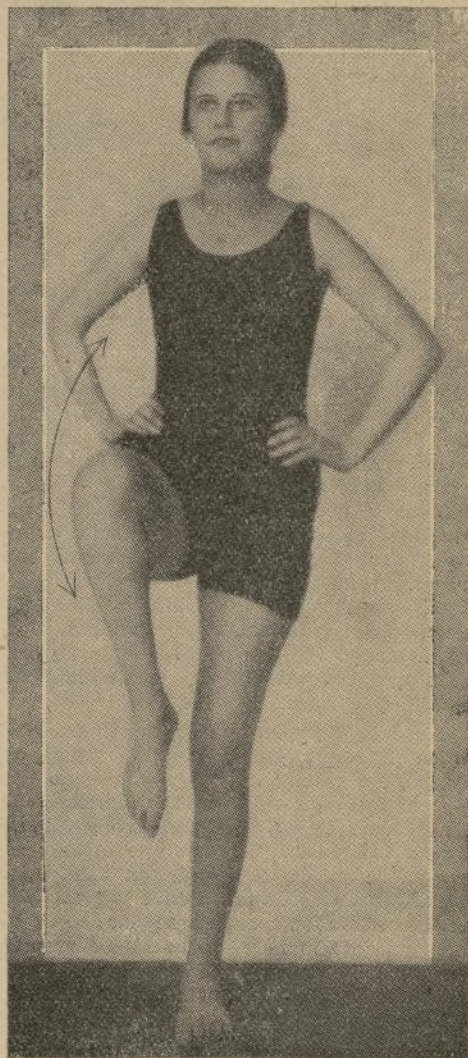
Siéntese en el suelo e introduzca las puntas de los pies debajo de un radiador, armario o cualquier otro mueble lo suficientemente fuerte para resistir el empuje de su cuerpo; lleve sus manos a la nuca y, echando los codos lo más atrás posible, aspire fuertemente por las narices, dejando caer lentamente el cuerpo hacia atrás hasta llegar al suelo; levántese a pulso, con lentitud, expulsando el aire que había tomado en el movimiento anterior.

Colóquese de pie con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y, haciendo una profunda aspiración, levante los brazos tan alto como pueda, al tiempo que se pone de puntillas sobre sus pies; descienda sus brazos al tiempo que dobla sus rodillas, hasta que sus dedos toquen el suelo, por entre las piernas, que habrán quedado un poco abiertas; levántese de nuevo sobre las puntas de sus pies, elevando sus brazos, y termine el ejercicio como lo empezó.

Baños y duchas.—Un complemento de la gimnasia son los baños y el masaje, y así ha sido como se han creado dos poderosos

auxiliares de la cultura física: la hidroterapia y masoterapia.

El baño suele ser generalmente de aseo; sin embargo, hay otros baños cuyo objeto es disminuir grasas o bien calmar ánimos excitados.



Entre los primeros están los baños turcos, de todos conocidos por su eficacia contra la obesidad. Consisten en un baño de vapor tomado en cabinas especiales, donde, por una transpiración producida artificialmente, la eliminación alcanza grados especiales.

Yo recomendaría, como tan eficaz y bastante menos perjudicial, el baño ruso. Consiste en envolverse en una manta de baño que ha sido antes sumergida en agua hirviendo. Alternando dos sabanillas y aumentando paulatinamente el grado de calor, se llegan a conseguir efectos sorprendentes.

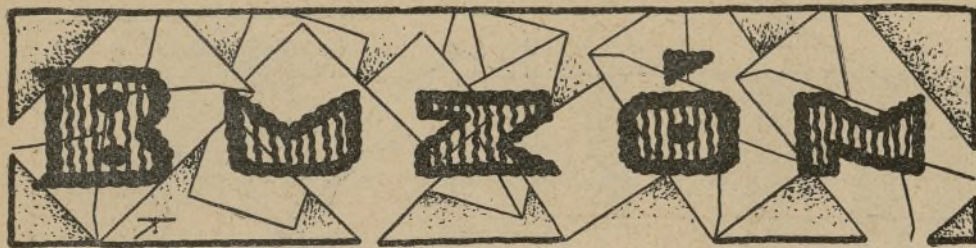
De una gran eficacia también son unos comprimidos que se disuelven en el agua del baño. Es un producto que hay que comprarlo en París, pues aquí no se encuentra; pero como no tengo por costumbre dar nombres, si a alguna lectora le interesa, que me escriba particularmente, y gustosa se lo daré.

Las duchas también son muy apropiadas para adelgazar; tiene que ser primero una caliente y a continuación otra fría. Es lo que resulta menos molesto y da buenos resultados: sólo que antes de hacerlo se debe consultar si su corazón puede resistir estas impresiones.

La duración de las duchas puede variar de uno a tres minutos. Quisiera poder hablaros hoy un poco de masajes; pero para publicarlos las fotos que en el número anterior habréis visto, tuve que pedir más sitio del que me está concedido, y, como es natural, no podemos abusar. Otro día os hablaré de esto.

CORAL ROSA





Dedicaremos unas líneas a cada artículo o misiva; pero advertimos a los que se nos dirijan, que no respondemos de lo que podamos decirles en pago al tiempo que nos hagan perder, ya que cada uno se cobra como puede, y nosotros nos cobramos de las "tabarras" arreando cada leñazo que enciende el pelo. Así que oído al parche, y, como dice la copla, "¡al que le dé, que perdone!"

Don R. L. L., Madrid.—¡Mal empieza esto! No queremos versos. Y versos malos menos aún. Y "vanguardistas" ni con una libra esterlina oro cada cuartilla.

Usted, "amigazo", dirá, con la mano diestra colocada en el sitio de las palpitaciones cordiales, si "eso" que va ahora es publicable:

"Suenan el motor...
run..., run..., run...
calor...,
run..., run..., run...
dolor...,
run..., run..., run...
el brazo nervudo del atleta
deja quieta
su acción
run..., run..., run...
y el motor hace plaf..., plaf...
... ..

¡Que es lo que nosotros haríamos con usted, pero poniéndole la diestra en las mejillas!...

Don M. G. LL., Oviedo.—Su cuento... se lo cuenta usted a su abuela. ¡Eso es más viejo y más conocido que la muerte de Margallo! Si envía otra cosa mejor y más moderna, irá..., irá al cesto de los "papeles inválidos", porque como literato es usted más pesado que los "cronistas escogidos" de ciertos periódicos madrileños.

Don J. H. B., Linares.—Aceptada su crónica; se publicará en un próximo número; pero un ruego significadísimo: procure que le corrijan la ortografía, que la tiene más deficiente que un diputado radical-socialista amigo nuestro, que escribe "trompezón" e "ivierno", y haba con jota.

Don C. B. P., Alcalá de Henares.—No está mal su poesía festiva; pero no la publicamos, porque aquí, cuando queremos meternos con la gente, no necesitamos que nadie nos saque las castañas del fuego.

Acá nos bastamos solos
para esa fácil función,
porque responde de ella
nuestro estupendo bastón...

El jueves último empezó a circular la noticia de que había quedado disuelta la Compañía de Jesús.

Sin considerar el aspecto político de la cuestión, hemos de señalar el hecho de que se interrumpe en la vida española una gran obra cultural y científica.

¡Un roto que sabe a los Juzgados de guardia y a las Comisarías mejor que los serenos!...

Don Z. G. E., Valdepeñas.—Esa "oda al caldo turquí" que nos envía se la remitimos a Pérez Madrigal, que es el diputado de ustedes y que la entenderá mejor que nosotros. Si ha sacado copia, puede remitirla a la "Gaceta Literaria", que allí cabe todo lo raro en literatura...

Don P. Q. A., Talavera de la Reina.—¡Ahora con un romance a la muerte de "Joselito"? ¡Está usted más atrasado que la confección de los Presupuestos! ¡Y qué romance! ¡Mide usted los versos con el palo de una silla?

"Joselito ya no existe;
lo asesinó "Bailaor",
de la ganadería de Ortega,
un verdadero traidor..."

... ..
¡Usted, señor, sí que es un verdadero traidor de la poesía! ¡Qué lástima no fuera usted torero y viviera "Bailaor"!...

EL INFRASCRITO

A nuestros suscriptores

Avisamos a nuestros suscriptores que muy en breve pondremos en circulación nuestras TARJETAS REEMBOLSO para el cobro del primer semestre.

CALIDOSCOPIO

Soy poliforme, iridescente,
ubicua y varia,
omnisapiente,
triste en momentos cual pasionaria,
clavel, a veces, áureo y riante.

Monstruo y gusano,
tiniebla y luz,
ligera y frágil cual un vilano,
carga que pesa como una cruz.

Roja en las garras de airada furia,
azul en brazos de la ilusión,
negra en el seno de la lujuria,
blanca en las mentes en floración.

Música suave,
"sí" de violín,
vuelo de un ave
sobre el jardín.

Zumbido inmenso, largo y profundo,
tremar rugiente, rauda y violento,
cual si del órgano del ancho mundo
todos los fuelles soprase el viento.

Fango y lucero,
brasa y rocío,
helor de nieve sobre el sendero,
bochorno rojo de ardiente estío.

Soy poliforme, iridescente,
ubicua y varia,
omnisapiente,
cuento centurias, soy milenaria,
y a un mismo tiempo soy incipiente.

Sensata y loca,
creación del hombre,
no hay una boca
que no me nombre;

llanto y sonrisa, plegaria y verso,
todo ser vivo pulsa mi lira,
yo soy la reina del Universo:
¡Soy la mentira!

J. MENDEZ HERRERA



DON FERNANDO.—Ya tenemos Constitución, ya tenemos Presidente y ya... podemos marcharnos.

DON ALE.—Sí; ya pueden ustedes marcharse.

DON INDA.—¡Que te crees tú eso! Yo he venido con Niceto y me iré con él.

Imp. PALOMEQUE.—Ronda Atocha, 23.—Madrid.